EUGENIO MONTELLS Y RIZOT

LOS MINEROS

MELODRAMA

EN CUATRO ACTOS

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NÚÑEZ DE BALBOA 12
MADRID

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

LOS MINEROS

MELODRAMA

EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

EUGENIO MONTELLS Y RIZOT

Estrenado con gran éxito en el TEATRO DE NOVEDADES la noche del 18 de Diciembre de 1903

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1904

Al pueblo minero de Bilbao

Hace algunos años que estuve una temporada entre vosotros; corta fué, pero sí suficiente para poder apreciar que la esclavitud existe en el siglo XX á pesar de cuantas defectuosas y acomodaticias leyes se hicieron para abolirla.

¿Os acordáis de Antoñuelo y Frasquita los hijos de Pedro y Sebastiana, que murieron en un hundimiento? Pues su recuerdo, la miseria en que os halláis, y la explotación de que sois objeto por parte de los patronos, me impulsaron á escribir este drama que os dedico: leerlo con detenimiento, y aprovechar para el porvenir, si en alguna de sus escenas encontráis algo útil y digno que pueda servir á vuestro mejoramiento y adelanto.

Salud, fuerza y unión os desea

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
BERTA	Sra. Santoncha.
OLGA	Srta. Martín Gómez.
CONDESA CRISTIANA	Sra. Caire.
LUCRECIA	Srta. Perla.
ROSINA	Gutiérrez.
PAOLO	Sr. Robles.
ANGELO	Hompanera.
FLAVIO, niño de 12 años	Srta. Herreros.
GIACOMO, capataz de la mina	Sr. Campos.
CARLINI, minero	Catalán.
CINCINATO, ídem	Coduras.
BERGUETO, ídem	Martín.
BEPPO, ídem	Santaolalla.
MACOSSETTO, guarda bosque	García.
TOFANELLO, tabernero	Fernández.
CONDE DE VELLETRI, coronel de guardias del Papa	Campos (hijo).
EL DUQUE DE ARLEY	Moreno.
EL DOCTOR	Chaves.
DIABOLETTO, administrador	Martín.
DESCARRETO, capitán de guardias	Sánchez.
GIUSEPPE, guarda	Santaolalla.
FRANCESCO, niño de 10 años	Manyor.
LAURENCIO, ídem	Povedano.
FRAY MARTÍN	N. N.

Damas, caballeros, soldados pontificios, cazadores, guardas, mineros de ambos sexos, etc. Coro de mineros

La acción en Italia á mediados del siglo pasado—Trajes, los de la época señalada

ACTO PRIMERO

El teatro representa el interior de una taberna en la Calabria, Reggio, en los alrededores de la mina de carbón de piedra «La Roca bianca». Puerta en el foro que figura dar al camino que conduce desde el palacio de Albano, residencia de la Condesa Cristiana, propietaria de la mina, á Palestrina, pequeño pueblo en cuyos terrenos está situada ésta; dos laterales que comunican, la de la derecha con la habitación de Rosina y la de la izquierda con la de su padre, Tofanello. En el foro y junto á la puerta, una ventana practicable; en el ángulo izquierdo y parte lateral del mismo, un mostrador largo sobre el que habrá jarros, botellas, vasos, etc., etc., detrás algunos toneles ó barricas puestos los unos sobre los otros. Por el escenario, varias mesas toscas y asientos de madera. En el foro y á los lados, tres grandes lámparas dispuestas para ser encendidas cuando lo marque el diálogo. El acto figura empezar á las seis de la tarde y terminar á las siete. La escena irá obscureciéndose paulativamente.

Derecha é izquierda se entiende la del actor.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, aparecerán sentados en segundo término junto á una mesa y como bebiendo, CINCINATO, CARLINI y BEPPO; en otra, GIACOMO y MACOSSETTO; junto al mostrador, detrás del que se encuentra TOFANELLO, FLAVIO, apoyado en una mesa y como dormido; retirado en otra y pensativo, ANGELO. BERGUETO de una en otra, va retirando vasos, sirviendo botellas durante el diálogo

CINC. Lo dicho; la situación porque atravesamos los mineros de esta comarca desde la muerte del señor duque, no puede ser más deses-

671498

perada, y es necesario que cuanto antes se termine.

BEPPO Como que somos explotados por su viuda la Condesa Cristiana, peor que en América se explota á los esclavos.

CARL. Yo por la Madonna os aseguro que no puedo más, y que estoy dispuesto á todo, antes que con el sudor de mi frente siga viviendo esa hiena.

CINC. Pues cuenta que lo mismo pensamos todos los mineros.

CARL. ¿Os acordáis lo que le ocurrió al pobre Tabacchi cuando recibió la carta en que le participaban la muerte de su madre?

CINC. No.

BEPPO ¿Qué le pasó?

CARL. Pues que el infame del administrador, al presentarse Tabacchi á que le diera la decena, no en chapas, puesto que fuera de aquí para nada sirven, sino en buenos escudos que por todas partes corren, le dijo que no había otra moneda y aunque la hubiera no se la daría, por ser orden expresa de la Condesa de pagar en latas.

CINC. ¡Canalla! ¿Y Tabacchi?

CARL. Se fué llorando de desesperación, y como no encontrara quien pudiera prestarle para el viaje, volvió y á fuerza de súplicas consiguió que le diera un saco de harina.

TOF. Que yo por lástima se lo compré y tuve que tirar al río por averiada.

MAC. Pues hay quien asegura que la Condesa Cristiana ha dado órdenes á ese pillo para que disminuya el precio de los jornales.

BEPPO ¿Será porque su hijastra se casa?

CARL. O por consejos del jesuita de su sobrino... quién sabe.

CINC. Que lo haga, y ella, el sobrino, el administrador y todos cuantos le rodean, se acuerdan de los mineros mientras vivan... ¡Eso nos faltaba!

MAC. Pues casi tenerlo como cierto.

CINC. De modo que no contentos con pagarnos nuestro trabajo con esos pedazos de metal

que no tienen valor nada más que en las tiendas puestas por ella, en donde los géneros que compramos, tras de malos, no pueden ser más caros, se nos va á disminuir el precio de nuestras fatigas. ¡Oh! ¡Que lo hagan! ¡Ojalá fuera mañana!

GIAC. Calma y habla bajo; no vale acalorarse. Dices bien, ojalá fuera mañana, ¡qué pronto variarían las cosas! Lo que tenemos que sentir es que no lo hará aun cuando el mismo Fray Martín se lo aconseje; es muy ladina... sabe mucho.

CINC. Lo que es... (Cambiando de ideas.) En fin, más vale callar; bebamos y hablemos de otra cosa... (A Tofanello.) ¡Tofanello! Dale á Bergueto una grande de Sorrento. (Sirve éste la botella y empiezan los tres á hablar bajo.)

MAC. (A Giacomo.) ¿Temes nos haga traición?

GIAC. (A Macossetto.) ¡Quién sabe! Está loco por ella y lo creo capaz de todo... Allá veremos.

MAC. Me parece, Giacomo, que el consejo, antes de dudar de Paolo, debiera haber pensado en Angelo.

GIAC. ¿En Angelo? No comprendo.

MAC. Le he visto varias veces cuando deja los trabajos, por la noche, que en vez de irse á su casa ó venirse á la taberna, se va por las sendas más ocultas del bosque, hacia la «Cruz del Fraile».

GIAC. ¿Y qué?...

MAC. Nada, que como ese sitio se encuentra tan cerca de la Abadía, ha pasado por mi mente la idea de si irá á recibir órdenes del Prior y á contarle lo que decimos y pensamos.

GIAC. Me alegro que me lo digas porque puede que lleves razón. (Mirando á la puerta.) Aquí viene Paolo.

MAC. Mucha prudencia, Giacomo.

GIAC. ¿Prudencia? Ya sabes que siempre la tuve.

ESCENA II

DICHOS y PAOLO, entrando por el foro

PAOLO (Desde el foro.) Que la Madonna, mi patrona, proteja á mis compañeros.

CARL. (Con alegría.) ¡Paolo!

CINC. (Abrazándole.) ¡Un abrazo! Eras el único que faltabas.

PAOLO Pues aquí me tenéis, si es que puedo serviros para algo.

ANG. (Aparte.) ¡Maldito!... ¡Mucho tardaba... creí que no venía!

TOF. ¡Hola! ¿Tú por aquí? ¿Cómo tan temprano?

PAOLO ¿No sabéis lo que pasa?

CINC. ¿A muerto la Condesa?

CARL. ¿Proclamó Mazzini la República?

BEPPO ¿Triunfó el pueblo de sus verdugos; le reconocieron sus derechos?

PAOLO Ni lo uno ni lo otro, por desgracia. (A Giacomo y á Macossetto.) ¡Ah! ¿También están aquí los patriarcas del bosque y de la mina? Vengan esas manos y apretar, que estoy de enhorabuena...

GIAC. (Fríamente.) Toma, Paolo. (Le da la mano.)

MAC. ¿Por qué? ¿Sabes ya quién fué tu padre?

PAOLO ¡Bah! Eso, pocas horas faltan para que el padre Martín ó el ángel de Roca-biancha, como le llamamos, me lo diga... Mañana á las doce cumple el plazo, y á esa hora, me ha jurado que desaparecerá tanto misterio como envuelve mi nacimiento.

ANG. (Aparte.) Bien Diaboletto me indicó que había que terminar esta noche... ya lo estoy viendo.

CINC. ¿Pero cuentas ó no lo que te ocurre?

PAOLO ¿De veras no sabéis nada?

CARL. Yo, no.

BEPPO Ni yo: ¿qué es?

PAOLO Poca cosa; que fuí despedido de los trabajos, con el apercibimiento de que en el término de veinticuatro horas, he de salir de

todos los dominios de la Condesa Cristiana, si no quiero que me encierren en un calabozo y los tribunales de la ciudad, como son hechura suya, me sentencien á la deportación por mis ideas. (Murmullos entre los mineros.)

BEPPO ¡Eso es una infamia!

CINC. Esa mujer, merece...

PAOLO Despreciarla, y con ella á todos sus servidores.

MAC. ¿Y qué vas hacer?

PAOLO Lo que hago, insigne servidor de su excelencia; las horas han pasado y yo, como siempre, siguiendo mi costumbre, vengo á beberme mi botella de Sorrento. (Reparando en Flavio.) ¡Calla! mi pobre Flavio se durmió esperándome. (Se dirige á la mesa donde está recostado Flavio pero Giacomo le detiene.)

GIAC. (Bajo.) Me urge hablarte.

PAOLO ¿Tanto interesa el asunto?

GIAC. Mucho; anoche hubo Consejo y no estuviste.

PAOLO No pude, Giacomo, no pude.

GIAC. Pues tu presencia fué muy necesaria. (Mirándole á la cara.) Hay sospechas de que un traidor existe entre nosotros.

PAOLO Que se le busque, y si resulta cierto, que pague con la vida su deslealtad

MAC. (Mirando a Angelo.) ¡Chis! Cambiar de conversación, porque todo se vuelve oídos, y cuantas precauciones tomemos serán pocas.

ANG. (Aparte.) Mucho mira Macossetto, ¿habrá sospechado?

PAOLO (Como contestando á Giacomo.) Bueno; allí estaré á los primeros cantos de la alondra.

GIAC. El toque del *Angelus*, lo escucharé á tu lado. Vete ahora, no demos que pensar á nuestros enemigos; nos observan.

PAOLO (Se dirige á la mesa de Flavio y le toca en la cabeza.) Despierta, pobre niño, que ya tienes aquí el árbol á cuya sombra vives. (A Angelo.) ¡Dios te guarde, Angelo!

ANG. (Secamente.) ¡Adiós, Paolo!

FLAVIO (Despertando.) ¿Eres tú? Perdóneme que me haya dormido. ¡Estaba tan cansado!

PAOLO (Bajo.) ¿Tienes que contarme algo?

FLAVIO (En la misma forma.) ¡Mucho!

PAOLO (Con ansiedad.) ¿Bueno ó malo?

FLAVIO De todo un poco.

PAOLO Pues empieza. ¿Llegaste á verla?

FLAVIO Sí, y en un descuido de la Condesa, le dí tu carta y ella me entregó esta otra para tí.

PAOLO ¡Oh! Trae... trae, Flavio.

FLAVIO (Dándole una carta que habrá sacado del pecho.) Toma, y sé feliz, porque te ama. (Coge la carta Paolo, la besa y después la guarda en el pecho.)

ANG. (Aparte.) ¡Una carta! ¡Buena noticia para el Conde!

GIAC. (A Macossetto.) ¿Te parece que nos marchemos?

MAC. Vamos, sí; la noche avanza y pudieran echarme de menos. (Se levantan y se dirigen hacia el foro.)

GIAC. Divertirse, compañeros; mas no perder la cabeza, que muy pronto tendréis que coger el pico y bajar por el ascensor.

BEPPO No hay cuidado.

CINC. Y después de todo, ¿qué?

MAC. ¡Adiós, Paolo! ¡Adiós, Angelo!

PAOLO ¡Adiós, Macossetto!

ANG. Que mi patrón os guíe por el camino.

GIAC ¿No te olvidarás?

PAOLO Descuida. (Después de despedirse Giacomo y Macossetto de todos, vanse por el foro.)

ESCENA III

DICHOS menos GIACOMO y MACOSSETTO

FLAVIO (A Paolo.) ¿Te has enterado?

PAOLO Sí, pero esto que quiere, es una locura que no debo consentir.

FLAVIO Locura ó no, dentro de una hora, lo más, ella viene aquí disfrazada con el traje de Rosina á tener una entrevista contigo.

PAOLO ¿Y si le ocurre algo en el camino? ¿Y si la llegan á ver? ¡Ah! no, no; es necesario que vayas, inmediatamente, á situarte en la encrucijada de los olmos, y le dices de mi parte... (Sigue hablando en voz baja.)

ANG. (Levantándose.—Aparte.) Llegó la hora. Giacomo y Macossetto no pueden estorbarme; los demás, cuando yo hable, serán mis aliados. (Se dirige á la mesa donde están los mineros. Flavio sale precipitadamente por el foro, Paolo se queda pensativo.)

CINC. (A Angelo.) ¡Gracias á San Pedro Advíncula que sales de tu mutismo! ¿Qué tienes siempre, para estar como los buhos de las ruinas de Santa Colomma? (Dándole un vaso de vino.) Toma, bebe y alégrate.

ANG. (Bebe.) ¡Gracias! Ya sabes mi carácter; os he estado oyendo y callaba porque no me gustan discusiones ni malgastar el tiempo.

TOF. ¿De forma que para tí...?

ANG. Cuanto digan y hagan nuestros jefes, será inútil; sólo servirá, para agravar la situación.

BEPPO Ellos confían...

ANG. Chocheces de la edad. Para obligar á los amos, no hay otra cosa que cruzarse de brazos y no trabajar hasta que accedan á lo que se les pide.

CINC. Dices bien, pero ya sabes lo que pasó la noche que lo propusiste, se sacó á votación y perdimos. Yo era también de los que votaron contigo.

ANG. (Provocativamente mirando á Paolo.) ¡Como que si no es por ese ganamos la partida! Luego he sabido la causa de su oposición.

CAR. ¿Cuál?

ANG. Que á la cuenta, no quiso que se mermaran las rentas de su querida. (Con tono provocativo.) Pues á la huelga iremos, quiera ó no quiera.

CINC. Habla bajo, porque si llega á oirte, no queda la fiesta en paz.

ANG. Que me oiga, me tiene sin cuidado.

PAOLO (Saliendo de su abstracción.) ¡La huelga! Siempre has de tener esa palabra en los labios cuando hablas con los compañeros. Solamente á una inteligencia como la tuya, ó á un esbirro del gran Duque disfrazado de minero, se le puede ocurrir tales consejos.

TOF. ¿Por qué?

CAR. ¿Acaso no obligaríamos, de ese modo á que cedieran nuestros explotadores?

ANG. (Aparte.) Ya están todos de mi parte.

PAOLO ¿Ceder? Sí... pudiera que en el momento.

BEPPO ¡Entonces!...

PAOLO ¡Pero luego, ay de nosotros! Preguntarles á nuestros compañeros de Ancona y de Fermo, á los de Cosenza y Arno, lo que adelantaron con sus huelgas. Los unos, ver morir de hambre á sus hijos, en tanto que sus explotadores se solazaban en opíparos banquetes... los otros, ser acribillados por la metralla que lanzaban los fusiles de los soldados puestos á las órdenes de los patronos, mientras que éstos se reían de la estupidez de aquéllos. ¡Oh! no, nunca. Primero, aguantar que el látigo de nuestros verdugos siga azotando las espaldas de los hijos del trabajo. Día llegará, y quizás muy pronto, en que podamos arrancarle de sus manos; entonces... ¡oh! entonces que no se quejen si tomamos la revancha.

ANG. Si hubiera sido por eso que tú dices el ponerte en abierta oposición la otra noche, bueno; pero como no es así...

PAOLO ¿Que no? Yo miro mejor que tú, y medito más las cosas. ¿Dí, tienes medios para dar de comer á nuestros hermanos y sus familias durante dos meses, por lo menos, que es lo que debe durar una huelga, para que los intereses del patrono se resientan? ¿Hay una caja con fondos suficientes para ello? ¿Existe la seguridad que la gran masa de obreros de Italia va á seguir tu movimiento? Pues si nada de eso tienes, déjate de tonterías y sé más práctico. (Murmullos de aprobación.)

CINC. En eso lleva razón.

ANG. Veo que no quieres entenderme... Tú hiciste la contra porque la proposición fué mía...

PAOLO Como si hubiera sido de otro, créeme Angelo.

ANG. (Con desprecio.) Eso dices ahora porque no estamos donde todos te defienden... Tienes mucho miedo..

CARL. (Riendo.) ¡Já, já, já! ¡Miedo Paolo!...

CINC. (Idem.) ¡Já, já, já! ¡Eso es muy gracioso!

BEPPO ¿Estás loco?

PAOLO ¿Miedo yo? ¿De qué y por qué? Lástima al ver que el gusano de la envidia te está rovendo las entrañas, si...

ANG. No burlaros, porque sé lo que me digo... Me tiene más miedo que parece... Primero, porque sabe que soy más hombre que él, y segundo, porque si llegara á hablar, todos le escupiríais á la cara.

PAOLO (Con furor.) ¿A mí? ¡Habla!

ANG. No me incites...

PAOLO (Cogiéndole de un brazo con ira reconcentrada.) ¡Habla! Pero pronto, Angelo, pronto, ó por la Madonna de Reggio te juro que te arranco la lengua, para que sirva de escarmiento.

ANG. (Separándose y sacando un cuchillo.) ¿Tú á mí? (Se va á arrojar á Paolo, y le sujetan Beppo y Carlini.)

BEPPO ¡Angelo!

CARL. ¿Pero qué es esto?

CINC. (Sujetando á Paolo.) ¡Paolo!

TOF. (Idem.) ¿Estáis locos?

PAOLO (Luchando.) Apartaos todos, si no quereis que os tome como enemigos míos.

ANG. (Idem.) Dejadlo; hacía tiempo que deseaba ver correr la sangre de ese *guapo*.

PAOLO ¿A qué me sujetais? ¿No sabeis quién es Angelo?

ANG. Un hombre de más corazón que tú.

PAOLO Vamos á verlo; pero antes has de decir lo que de mí sabes.

ANG. ¿Quieres que lo diga? Pues que te has vendido á la Condesa Cristiana, y eres el espía que tenemos los mineros.

PAOLO ¡Ah, canalla!...

BEPPO ¡Nos hace traición! (Soltándole.)

TOF. ¡Nos hace traición! (Idem.)

CINC. ¡Infame! (Idem.)

ANG. Yo te he visto entrar en el palacio á las altas horas de la noche...

PAOLO ¡Miserable! Eres una víbora, y voy á aplastarte la cabeza para que no envenenes más con tu ponzoña. (Se arroja sobre él, lucha y le qui-

ta el cuchillo.) ¡De rodillas! (Cincinato, Beppo y demás mineros forman grupo aparte.)

ANG. (Resistiéndose y luchando.) ¡Oh! ¡Me sorprendiste!

PAOLO ¡De rodillas! Y vas á pedirme perdón de lo que has dicho, á confesar que todo es una calumnia inventada por tí, ó sepulto el cuchillo en tu corazón. (Va á herirle.)

ESCENA IV

DICHOS y BERTA en traje de viaje, saliendo por la lateral derecha

BERTA (Sujetando el brazo á Paolo.) ¡No!... ¡Detente, Paolo! ¡Este hombre me pertenece! ¡Mátame primero!

PAOLO (Con estupefacción.) ¡Cielos! ¿Tú... tú aquí?

ANG. (Aparte.) ¡Maldición! ¡Ella!... ¡Berta!...

BEPPO ¡La hija de Marcelo!

CINC. ¡La que todos lloraban su ausencia!

CARL. ¡La maldita por su padre!

BERTA Sí, amigos míos, sí. La hija de Marcelo, la que llamábais en otro tiempo la rosa de la montaña, la que su padre maldijo desde la Cruz del Fraile, cuando en su locura abandonó estas tierras, como acaba de decir Carlini, es la que ahora tenéis entre vosotros.

PAOLO ¡Pero yo estoy soñando! ¿Tú en Palestrina?

BERTA En Palestrina, y en el momento preciso de evitar que se manchen tus manos con la sangre de este hombre, cuya vida me interesa mucho más que la mía... (Dirigiéndose á Angelo, que estará apartado y con la cabeza baja.) ¿Por qué tiemblas, Angelo? ¿Por qué tus ojos no buscan los míos como otras veces? ¡Ah!... Está tranquilo; ya ves que acabo de salvarte de una muerte cierta, y que antes hubiera penetrado el cuchillo de Paolo en mi pecho que en el tuyo. (Se oye á lo lejos el silbido de una máquina de vapor. Paolo está cruzado de brazos en actitud amenazadora.)

CINC. (A todos.) ¿Oís? Nos llaman al relevo. ¡Condenada esclavitud! (Se dispone á marchar.)

CARL. (Idem.) Ya le oigo; cada vez me hace más daño ese silbato. ¡Si hiciera la Madonna que pronto dejara de escucharle!

TOF. (A Beppo, aparte.) Sabes que no quiero encontrarme en el pellejo de Angelo...

BEPPO (A Tofanello.) Ni yo... Mira con qué calma les escucha...

CARL. (Bajo á ambos.) No doy por Angelo si se mueve ni una lira.

TOF. Esa calma es *chicha*, como dicen los marineros del golfo. ¡Dios nos libre de ella!

BERTA (A Angelo.) ¿Callas? ¿No tienes nada que decirme? No me esperabas, ¿verdad? ¿Cómo habías tú de creer que al cabo de los años pudiera llegar el momento en que la abandonada y maldita Berta se presentase ante tí á recordarte una historia y pedirte cuenta de tus actos?

PAOLO (Avanzando dos pasos.) ¡Oh!... ¿Acaso este villano...?

BERTA (Interponiéndose.) No. Te he dicho que su vida me es muy necesaria. (Suena otra vez el silbato.)

ANG. (Con decisión.) Terminemos de una vez, Berta. El silbato de la máquina hace la segunda llamada, y tengo que acudir á la mina. (A Cincinato y los demás, que van á salir por el foro.) Aguardad un momento. (A Berta.) Cierto es que mi sorpresa ha sido grande cuando te he visto interponerte entre ese y yo, pero después de todo, ¿qué...? ¿Has venido? Bien venida seas. ¿Has evitado que Paolo me mate? Gracias; pero has hecho mal, porque todo hubiera terminado, y ahora es cuando va á empezar de nuevo. ¿Tú me odias á muerte? Yo... yo no sé lo que por tí siento; pero sí te juro que la herida que creí cicatrizada, se ha vuelto á abrir, y como entonces, destila sangre. (Berta se sonríe.) ¿Te sonríes? Poco me importa si tu alma sufre y se anega en lágrimas... Ahora, adiós. Mis compañeros van á partir, y yo con ellos. No temas que me ausente de Roca biancha, porque si tú tienes deseos de que hablemos, yo los tengo mucho más de hablar contigo.

(A Paolo.) Tú, si quieres, concluyamos lo que por ésta no ha terminado; ya sabes el camino que voy á llevar á la mina, y el que traigo cuando salgo de ella... sitios hay donde puedes esperarme.

PAOLO Vete, puesto que ésta no se opone; por hoy te he perdonado la vida; cuando con ella lo hayas todo ventilado, ten por seguro que entonces nos veremos y la tuya ó la mía.

ANG. Pues hasta que uno ó el otro me busque.

BERTA Mañana al terminar los trabajos de la noche en la Cruz del Fraile.

ANG. Allí me tendrás... (A Paolo.) y después...

PAOLO Después, que el cadáver de Angelo ó de Paolo arrastren las aguas del torrente (Vase Angelo por el foro.)

CINC. (A Berta.) ¡Berta... adiós! La obligación nos llama. (Vase detrás de Angelo.)

BERTA Id amigos míos; ya hablaremos más despacio.

CARL. (A Berta.) Si crees que te soy necesario, pierdo el jornal y no me voy.

BERTA Gracias; está mi hermano de la niñez (Señalando á Paolo.) y basta para defenderme si Angelo se atreviera á volver.

CARL. En ese caso hasta luego. (A Tofanello.) Buena noche, Tofanello...

TOF. ¡Suerte, Carlini!

BEPPO ¡Adiós, Berta!

BERTA ¡Adiós, Beppo! (Se marchan y solo quedan en escena Paolo de pie, pensativo. Tofanello arreglando con Bergueto las mesas, sillas, vasos y demás.)

ESCENA V

BERTA, PAOLO, TOFANELLO y BERGUETO

TOF. ¡Qué lengua más infame tiene el maldito! Nadie se escapa de su boca...

BERG. Pues por esta vez me parece que había acabado de murmurar... ¡Gracias á ésta! que si no...

BERTA Dímelo á mí Tofanello, que antes, mucho antes que vosotros le conozco. (Yendo á Paolo.) ¿En qué piensas? ¿Estás arrepentido de haberlo dejado marchar, ó te pesa el haberme visto?...

PAOLO ¿A qué engañarte? El dejar á ese infame con vida, que nos ha de traer muchas desgracias, sí; ahora, pesarme el haberte visto, nunca. Ya sabes que aun cuando han transcurrido doce ó trece años sin tener de tí una mala noticia, como siempre, soy tu hermano.

BERTA Lo sé, Paolo; lo sé y ojalá hubieras estado junto á mí durante la enfermedad de la hermana de mi padre; no me hallaría maldita por él, ni mi vida hubiera sido un continuo sufrimiento... ¡Oh! ¡qué desgraciada he sido!

PAOLO No te aflijas y olvida lo que no tiene remedio.

BERTA ¡Olvidar!

PAOLO Sí, ¿qué vas á hacer?

BERTA Vengarme.

PAOLO Por tus palabras parece desprenderse que buscas á Angelo; ¿has venido á eso?

BERTA No; soy franca, he venido á otro asunto bien distinto. La casualidad hizo que os oyera y por la voz reconociese que eras tú y él quien disputaba... perdóname que me haya puesto delante cuando ibas á hundir tu cuchillo en su pecho, pero...

PAOLO (Interrumpiéndole.) ¿Le amas acaso? (Aparte.) ¡Dios mío qué intranquilidad!... ¡Mucho tarda Flavio!

BERTA Paolo, no me ofendas... ¡Amarle! Por el contrario le odio más que tú.

PAOLO ¡Y, sin embargo, quieres celebrar con él una entrevista! No lo entiendo.

TOF. ¿Pero tú crees que va á ir?

BERTA Sí, Tofanello; irá porque el amor que me tiene desde hace algunos años le impulsará á ello, y entonces...

PAOLO Te impondrá condiciones...

BERTA Que yo aceptaré por muy duras que sean; luego que logre hacerle hablar lo que deseo, te juro por lo más sagrado que no he de

oponerme á que dividas su corazón en mil pedazos.

PAOLO Pero todavía no has dicho á lo que has venido á Roca biancha.

BERTA Es un secreto; baste decirte que á cumplir un deber y pagar una deuda de cariño. ¿Es verdad que la hija del difunto duque de Roselly se casa con el infame conde de Velletri; con el burlador de mujeres que ha escandalizado á Roma con sus crapulosos actos?

TOF. Dentro de tres días.

PAOLO Eso dicen, pero no será así .. (Señalando el cuchillo que lleva á la cintura.)

BERTA Tenlo por cierto. Yo te juro que mientras la pobre Berta, la hija de Marcelo, tenga siquiera un aliento de vida, la duquesa Olga no llegará á ser la esposa de Gustavo Orsini... (Escuchando.) ¿Pero no oís?... ¿Parece que gritan?... (Ruido dentro que poco á poco se irá aproximando.)

TOF. Serán algunos mineros retrasados que irán al relevo; hace tiempo que la elevadora dió la segunda señal.

BERG. (Asomándose á la puerta.) Te equivocas; es un grupo de mineros, pero no llevan la dirección de la mina.

BERTA (Desde la ventana.) Parece que vienen aquí.

PAOLO (Con ansiedad.) ¡Cómo! ¿Qué dices?

TOF. (Desde la puerta.) ¡Cincinato los capitanea!

PAOLO ¿Se habrán declarado en huelga? Sería la mayor de las imprudencias. (Dirigiéndose á la puerta.) Veamos lo que es. (Sale.)

ESCENA VI

BERTA, TOFANELLO, BERGUETO, y dentro CINCINATO y varios mineros

BERTA Ahora cruzan el río...

TOF. ¿A dónde va Paolo?

CINC. (Dentro.) ¡No hay que dejar piedra sobre piedra!

UNA VOZ (Idem.) ¡Mueran los ladrones de levita!
OTRO (Idem.) ¡Ya es tiempo que paguen lo que deben!
TOF. Alguna desgracia ha ocurrido... como si lo viera.
BERTA ¡Oh, Dios mío! ¿Qué traen?
BERG. Pasad, pasad adentro...

ESCENA VII

DICHOS y PAOLO, CINCINATO, FLAVIO y un grupo de mineros de ambos sexos que conducen á este último como perdido el conocimiento

PAOLO (Entrando desesperado.) ¡Pronto, Tofanello! ¡Luces! ¡Maldición sobre mí! ¡Muerto! ¡Muerto por mi causa!
BERTA (Corriendo al grupo que trae á Flavio.) ¡Cielos! ¡Pobre niño! (Se sienta en el suelo, coloca á Flavio sobre su falda, el grupo de mineros le rodea. Como la escena se habrá ido obscureciendo, cual si fuese el atardecer, Bergueto y Tofanello se apresuran á encender las lámparas.)
UNA ¡Ha sido una iniquidad que no tiene nombre!
CINC. ¡Merecía que se le arrancara las entrañas!
UNO ¡Nos tratan peor que á perros!
OTRO ¡Era lo único que nos faltaba, que nos pegaran!
UNA ¡Vosotros tenéis la culpa por no ser hombres!
PAOLO (Dándole á Berta un pañuelo mojado.) Toma, lávale: yo no tengo valor para ello... ¿Habéis avisado al médico?
BERG. Beppo ha ido á escape á buscarlo.
BERTA Parece que respira... (Observándolo.)
CINC. (A Paolo.) ¡Tranquilízate! Vive.
PAOLO (Con alegría.) ¿Vive?
BERTA Sí; y vuelve el color á sus mejillas.
PAOLO ¿Pero no está herido?
TOF. ¿Qué es eso de la cara?
CINC. La señal de los latigazos.

BERTA (Suspirando.—Aparte.) No sé qué siente mi corazón allado de este niño. ¡Pobre Flavio!

PAOLO ¡Latigazos! ¿Qué dices? ¿Quién ha sido el cobarde?

CINC. ¿Quién quieres que sea? El prometido de la Duquesa Olga.

PAOLO ¡El prometido de Olga!

BERTA ¡El conde de Velletri! ¡Villano! Eso ha hecho siempre... ¡Ah! ¡Ya abre los ojos! ¡Y se sonríe el angel mío!

FLAVIO (Con voz débil.) Paolo... ¡Oh! ¿Estás tú aquí? ¡Qué bueno eres!

PAOLO Sí; á tu lado, hijo mío, y dispuesto á vengarte.

FLAVIO Me... duele... mucho... pero... no debe... ser nada... ¿verdad? ¡Ah! no tengas cuidado... hice... tu encargo. (Deja caer la cabeza sobre el hombro de Berta como fatigado.)

PAOLO ¿Y cómo ha sido?

CINC. Yo te lo diré, porque todo lo he presenciado.

PAOLO Aguarda. ¡Tofanello! que beban éstos lo que quieran... yo pago. (A Berta.) Vosotras, con mucho cuidado llevar á Flavio á la cama de de ese (Señala á Tofanello.) y acostarlo... ahora iré yo.

TOF. ¡Sí... sí! Venid conmigo. Bergueto, cuida del despacho. (Se dirige á la primera lateral derecha; los demás le siguen con Flavio, conducido en brazos de Berta.)

VARIOS ¡Viva Paolo!

PAOLO Nada de gritos, compañeros, á beber y preparaos á obedecerme. (A Cincinato.) Habla ahora.

ESCENA VIII

PAOLO, CINCINATTO, BERGUETO y varios mineros

CINC. Pues cuando salimos de aquí, como el río viene un poco crecido, acordamos seguir el camino del puente, y cuando dimos la vuelta al recodo que forma la carretera, vimos

junto á los cañaverales de la derecha, montado á caballo, acompañado de Diaboletto y de varios guardas, al sobrino de la Condesa Cristiana hablando con el pobre Flavio. Lo que le diría no pudimos oirlo, pero sí vimos que de repente alzó el látigo que llevaba en la mano y empezó á darle latigazos, hasta que el desgraciado niño cayó al suelo lanzando gemidos de dolor; se encabritó el caballo del Conde y...

PAOLO (Interrumpiéndole.) ¡Oh! Calla, Cincinato, calla, no cuentes más... ¡por la Madonna te lo pido! ¿Y os detuvísteis?... ¿Y no os lanzásteis á la carrera á arrancar de las manos de ese infame al pobre Flavio? ¡Ah! sois unos cobardes indignos de pertenecer á la «Joven Italia.» ¡Así nos avasallan! ¡Así nos pisotean, burlándose de nosotros esas hienas sin entrañas!... Hacen bien: somos un pueblo de mujerzuelas, á quien se le puede abofetear impunemente.

CINC. ¡Paolo!

PAOLO Sí, impunemente, lo repito. ¿Para qué queréis esos cuchillos que llevais entre las fajas si han estado ociosos y no han hecho brotar la sangre del malvado que así con un niño se ensañaba?

CINC. Cuando llegamos había huído...

PAOLO Verás cómo yo sabré buscarlo en su cubil, y con su mismo látigo, por cada vez que cruzó el rostro de Flavio, cincuenta veces cruzaré yo el suyo. El no tuvo compasión de ese infeliz huérfano, á quien el destino adverso le negó las caricias de un padre y los besos de una madre, ni se conmovió al verlo caer, según cuentas, á los pies de su caballo... Tampoco yo tendré compasión y pondré mis pies sobre su pecho hasta que lance su último suspiro. (Se va á dirigir al foro.)

CINC. (Interponiéndose.) ¿A dónde vas?

PAOLO ¡Al palacio!

CINC. ¡Tú estás loco! ¿Ir solo? ¡Jamás! Iremos todos. El pueblo minero se unirá contigo y Flavio será vengado.

PAOLO — Entonces á la mina. (Al grupo.) ¡Compañeros! la fuerza de la razón de nada sirve á aquellos que nos tratan como á esclavos; vamos á hacerlos que comprendan lo que son las razones de la fuerza. ¿Quéreis seguirme?

TODOS — Sí... sí..

PAOLO — Pues al palacio de Albano voy; corred la voz á los hermanos y el sol de la emancipación comience á brillar en nuestro cielo.

UNOS — ¡Al palacio!

OTROS — ¡A la mina!

UNO — ¡Viva Paolo!

TODOS — ¡Vivaaaa!

PAOLO — No, hermanos... ¡viva la libertad de los mineros... (Se dirigen entusiasmados al foro.)

TELON

ACTO SEGUNDO

El teatro figura un lado del parque del palacio Albano. A lo lejos, en último término de la derecha, entre montañas y arbustos, se descubre parte de la Abadía de San Dimas, en cuyas altas torres y cristales de colores de sus ogivales ventanas, se reflejará la luna y los primeros rayos del sol naciente, luego que aquella figure haber desaparecido. Un camino entre las peñas y arbustos da la montaña, conduce al escenario, no sin que antes pase por un puente rústico de tablas, tendido sobre una cascada, donde se junta con el que va desde Palestrina á Roca biancha. Sobre una peña, como dominando la cascada, y estos dos caminos, una gran cruz de piedra. En la lateral izquierda en último término y entre montañas, parte del palacio Albano. En el primer término de esta lateral, la cabaña de Macossetto, con pnerta practicable; junto á ella, una gran piedra que servirá de aaiento. Alguno que otro árbol y piedra por el escenario. Es el amanecer; al levantarse el telón, se oirá á lo lejos el toque de maitines de la campana de la Abadía y el monótono canto de los monjes. Un ligero preludio de violines se escuchará al descorrer la cortina.

ESCENA PRIMERA

GIACOMO y PAOLO. Al levantarse el telón, aparecerá sentado junto á á la puerta de la cabaña y como dormido, Paolo; á su lado, y apoyada á la pared, una escopeta. Giacomo irá descendiendo por la montaña, pausa. Al llegar junto á Paolo y verlo dormido, se detiene

GIAC. (Observándole.) ¡Se durmió esperándome! El monótono canto de esos hipócritas que viven en la holganza mientras los demás gana-

mos el pan á fuerza de trabajos, y la brisa perfumada que corre en estas lomas, hiciéronle cerrar los ojos. ¡Imprudente! El miedo no anida en su corazón, pero si algún guarda ó soldado de los que llegaron al palacio y el Conde mandó en su persución, le descubriera, de nada serviría su valor... otra víctima que tendríamos que apuntar para el día de la venganza. (Escuchándole.) ¡Parece que habla! ¿Qué dice? ¡Olga! ¡Ah! ¡Desgraciado loco! ni aun en sueños deja de pensar en ella... mucho debe amarla! (Despertándole.) ¡Paolo! ¡Paolo!

PAOLO (Despertando.) ¿Qué? ¿Qué ocurre? ¡Ah! ¿Eres tú, Giacomo? Perdona que me haya dormido, no habrá sido mucho, porque vé que aun el lucero de la mañana, no ha traspuesto por encima de las torres de la Abadía, y yo llegaba cuando él apareció por el oriente.

GIAC. ¿Pero no comprendes que es una temeridad, después de lo ocurrido anoche, el que te entregues al descanso? ¿No sabes que te buscan con ahinco?

PAOLO (Con indiferencia.) ¡Bah! La Virgen de Piettro, mi patrona, me protejerá. (Cambiando de ideas.) Anoche en la taberna de Tofanello, me citaste; ya ves que aun la alondra no dió su primer vuelo; dí, ¿qué deseas?

GIAC. Te cité porque era preciso que habláramos á solas.

PAOLO Empieza, pues; más solos no podemos estar.

GIAC. Paolo, el Consejo te cree traidor y que estás vendido á la Condesa.

PAOLO (Indiferente.) Lo sé.

GIAC. ¿Que lo sabes?

PAOLO Y también de dónde parte la acusación, de Angelo, de ese miserable que vive gracias á un milagro de Dios.

GIAC. ¿Y qué dices tú á eso?

PAOLO ¿Yo? Nada; que si el Consejo tiene la certeza, que cumpla como debe. Tú eres uno de sus miembros más importantes... ¿estás seguro de que Angelo dice la verdad y yo soy entre vosotros un espía? (Le da la escopeta.)

Toma mi escopeta, carga doble lleva, sepárate dos pasos y haz fuego, (Poniéndole el pecho descubierto.) aquí tienes mi pecho como blanco.

GIAC. (Aparte.) Este lenguaje no es el de un traidor.

PAOLO ¿Meditas? ¿Por qué te detienes? No temas que me defienda.

GIAC. ¿Es eso cuanto tienes que alegar en tu favor?

PAOLO Esto. ¿A qué más? Si tú estás convencido de mi infamia, huelgan las palabras que pudiera dirigirte en mi defensa.

GIAC. Parece que además de Angelo, hay hermanos que te acusan de haberte visto, algunas noches, entrar á deshora en la mansión de esa hiena, por la puerta que da al estanque.

PAOLO ¡Cierto! No lo niego; antes de anoche fué una de ellas, por eso no estuve en el Consejo.

GIAC. ¿De manera que no niegas?

PAOLO Jamás he negado lo que he hecho, ni mis labios mancharon la mentira.

GIAC. ¿Luego es verdad que amas á la hija del difunto Duque de Roselly; á esa perla nacida entre tanto fango?

PAOLO Sí; ¿por qué voy á negarlo cuando para nadie es un misterio? Amo á Olga desde hace quince años en que le salvé la vida.

GIAC. ¿Es á ella á quien vas á ver según eso?

PAOLO No me preguntes, porque no he de contestarte.

GIAC. Es que lo uno parece estar ligado con lo otro.

PAOLO Ligado ó no, de ello no he de volver á decirte una palabra.

GIAC. ¿Y qué contesto al Consejo de los Hermanos de la muerte?

PAOLO Cuando no has hecho fuego sobre mí, es porque me juzgas inocente; de forma que puedes contestarle lo que te dicte la conciencia.

GIAC. ¿Y con ese amor tan inmenso que parece profesas á esa niña, te atreves á ir á asaltar el palacio donde habita, y si no es por mí llevas á cabo anoche la mayor de las locuras?...

PAOLO (Con vehemencia.) Sí; con este amor tan grande, si no te opones, y con tus palabras calmas el ardor de mis compañeros y me haces desistir, á estas horas esa mansión aborrecida donde se oculta el germen de todos los males que nos afligen, y de donde parten las órdenes más sanguinarias que jamás se vieron en Roca biancha, se encuentra transformada en un montón de escombros y nuestros hermanos satisfecha su venganza. ¡Oh! Tú no sabes el sufrimiento que tuve cuando ví correr la sangre del rostro de Flavio y Cincinato me contó lo que el infame Conde de Velletri había hecho.

GIAC. Mucho debía ser tu pesar, y mucho más grande el enojo, para que de una manera tan abierta faltases á lo que el Consejo ha ordenado.

PAOLO No puedes tener idea.

GIAC. En fin, aquello pasó, y lo que es menester que no vuelva á repetirse, y por locuras ó pasiones se ponga en peligro la santa causa que todos defendemos. Hay que tener, Paolo, mucha calma si queremos triunfar de esos dos fantasmas del pasado, (Señalando á la Abadía y al Palacio.) que no tienen razón de ser en el siglo en que vivimos, y son la férrea cadena que esclaviza á Italia. El día de la lucha está cercano; que por imprudencias no vaya todo á malograrse. El Consejo, anoche delegó en mí para todo lo que contigo se refiera; yo, en su nombre, te declaro inocente y víctima de una asquerosa calumnia que sabremos castigar. (Le da la mano.) Choca, Paolo...

PAOLO (Abrazándole.) Gracias, Giacomo. Tus frases vuelven la alegría á mi corazón. Me era muy doloroso morir con el estigma de traidor sobre mi frente y el desprecio de todos mis hermanos. (Viendo que se dispone á marchar.) Pero ¿qué? ¿te marchas?

GIAC. Sí. El día se acerca y hago falta en la mina; ¿quieres algo?

PAOLO No.

GIAC. ¿Por dónde andarás con más frecuencia?

PAOLO Por el nido del águila.

GIAC. No es mal sitio. ¿Tienes municiones?

PAOLO De boca y de guerra.

GIAC. Pues adiós, y la Madonna, tu patrona, te acompañe.

PAOLO Ella te guíe por el camino.

GIAC. Si algo nuevo ocurriera, ya te avisaré.

PAOLO Así lo espero. (Vase Giacomo por el camino que conduce al Palacio.)

ESCENA II

PAOLO solo; se queda pensativo

Tiene razón; en un momento, y por culpa de ese infame que ostenta una corona de conde y su comportamiento es el de un rufián, he podido comprometer los trabajos de la «Joven Italia», haciendo que se prolongue por mucho más tiempo la venida de nuestros ideales... ¡Miserable Angelo! ¡Él es el causante de todo. ¡Lanzar sobre mí tal calumnia!... ¡Decir que estoy vendido á la Condesa, cuando si hubiera querido!... Pero los pájaros comienzan á revolotear; el día se acerca, y con él, la hora en que le dije la esperaba... ¿Vendrá? ¿Habrá podido vencer todos los obstáculos?... Se siente ruido por la cañada... ¿Será ella?... No. Es una voz de hombre la que escucho... ¿Vendrán en mi busca como anunció Giacomo?... Preparémonos á vender cara mi vida. (Se retira á las peñas de la derecha.)

ESCENA III

BERTA, FLAVIO, PAOLO y MACOSSETTO; poco después ANGELO, que aparecerá de modo que el público lo vea y no los actores

FLAVIO (Dentro.) No puedo más; déjame un momento que descanse.

BERTA (Dentro.) Anda, hijo mío; apenas nos quedan cuatro pasos.

PAOLO ¡Cielos! La voz de Berta y la de Flavio...

MAC. (Saliendo á escena por lateral izquierda.) Parece mentira que no conozcas estos sitios... ya hemos llegado.

PAOLO ¡Ah! (Bajando de entre las peñas.) ¿Vosotros aquí?

FLAVIO (Corriendo á abrazarle.) ¡Paolo!... ¡Qué alegría!

BERTA (Con alegría.) ¡Tú entre los riscos á estas horas!...

MAC. Es que se ha propuesto perderse y perdernos y lo va á conseguir. ¿Qué haces que no te ocultas? ¿No ves que te buscan por todas partes para prenderte?

PAOLO Eso me acaba de decir Giacomo; pero descuida, que no me han de hallar. (A Flavio.) Un abrazo, Flavio. (Le abraza.) ¿Estás mejor?

FLAVIO Sí; aun cuando los pies me duelen mucho... pero ya... ¡mira! (Empieza á saltar.)

PAOLO ¡Eh! déjate de saltos, no vayas á ponerte peor. (A Berta.) ¿Qué te ocurre para venir á estas horas por estos sitios con Flavio y con éste?...

BERTA Nos persiguen.

PAOLO ¿A quién? ¿á vosotros?

MAC. Sí... á ellos... ó mejor dicho, á este granuja.

PAOLO ¿Cómo?

FLAVIO (Que hará como que tira piedras á la caseada.) ¡Abuelo! ¿Es que quiere parecerse al sobrino de su tía?

PAOLO Calla... Flavio.

FLAVIO No, pues el que me vuelva á llamar granuja, que cuente con que le abro la cabeza si puedo. ¡Pues no faltaba más!

PAOLO (A Berta.) Habla, que estoy impaciente. ¿Qué pasa?

BERTA Que á la hora ó poco más que te fuiste con los mineros de la taberna de Tofanello, una partida de soldados y algunos guardias se presentaron con orden de la Condesa á fin de llevar á Julio á su presencia.

FLAVIO ¡Y ni que fuera el prendimiento de Cristo!

PAOLO (Con extrañeza.) ¡A Julio! ¿Quién es Julio?

FLAVIO (Con precipitación.) Mi persona, que ha cam-

biado de nombre como los camaleones de color.

PAOLO ¡Tú!...

MAC. El. Que según ésta, resulta ahora...

BERTA (Interrumpiéndole.) Que soy su madre, y no se llama Flavio, sino Julio.

PAOLO ¿Estais locos los tres, ó qué embrollo es este?

BERTA No estamos locos ni hay ningún embrollo como dices. Sólo es una historia que la Providencia, teniendo compasión de mis lágrimas, ha hecho que esta noche llegara al desenlace.

PAOLO ¿Pero cómo has podido saber que es tu hijo ese muchacho que hace diez años me encontré muerto de hambre y de frío en las canteras de Frascatti y desde entonces no se ha separado de mi lado?

MAC. (Dirigiéndose á la cabaña.) Eso mismo le he preguntado cuando después de salvarlos por la ventana, antes que los guardas les cogieran, nos dirigíamos aquí para ocultarlos.

BERTA Ya te he dicho que la Providencia... Por la medalla que lleva al cuello y la señal que tiene en la espalda, hecha por mí á los tres días de nacer. ¡Ah! ¡Pobre hijo mío!... ¡Conque muerto de hambre y de sed! ¡Infame Angelo!

PAOLO Ahora lo comprendo todo. Al desnudarlo...

BERTA Justo.

MAC. Vaya, dejémonos ahora de conversación, que pueden venir y entonces nuestra perdición es segura; tiempo tenéis de hablar. (Abre la puerta de la choza. Aparte.) Lo mismo está que cuando yo le dejé, y va para tres años.

BERTA Dice bien; Macossetto, ahí dentro estaremos más seguros. ¡Ven, Julio!

FLAVIO Yo no me encierro, y ahora que estamos con Paolo, menos. Si vienen, desde aquí, él con la escopeta y yo con la onda, no dejamos uno. ¡Estaría bonito! (A Paolo.) ¿Te atreves?

MAC. ¿Qué hacéis que no venís? Dejaos de imprudencias.

PAOLO Vamos, Flavio, déjate de tonterías; estamos comprometiendo á Macossetto.

FLAVIO ¿Vienes tú también con nosotros?

PAOLO No; yo estaré en el nido del águila

FLAVIO Y yo contigo.

BERTA ¡Hijo de mi alma, cuánto te quiere!

PAOLO Tú te quedas con Berta, con tu madre.

BERTA ¿Te vas á marchar?

PAOLO Luego; ahora estaré con vosotros un momento, hasta que el día aclare por completo; mientras, me contarás tu historia. (Se dirige á la cabaña.)

FLAVIO (El último y aparte.) ¡Con mi madre!... ¡Allá veremos! (Penetran todos en la cabaña y se cierra la puerta. Angelo va descendiendo desde el punto donde estuvo situado la escena esta y en la forma ya mencionada.)

ESCENA IV

ANGELO bajando á la escena desde el sitio donde estuvo oculto; después y cuando lo marque el diálogo, FRAY MARTÍN, como si viniera de la Abadía

ANG. La fortuna parece protegerme. Tanto como se desesperan por no encontrarlos y hételos aquí reunidos á los tres, siendo lo más fácil apoderarse de ellos y ganar el premio. Si no estuviera Macossetto yo lo intentaría, porque cinco mil liras no son de perder, pero no es un hombre solo con quien hay que habérselas, si no con dos, y esto merece meditarse... ¡Berta!... ¡Flavio!... ¡Paolo!... ¡Los tres al alcance de mi mano!... (Viendo el cuchillo de Paolo y que éste se dejó sobre una piedra.) ¡Hola! ¡Su cuchillo!... ¡Pardiez! Que estuvo muy cerca anoche de mi pecho... Le guardaremos por el recuerdo que tiene para mí. (Mirando á la ventana.) ¡Si pudiera oir su conversación!... Hablan alto y nada sospechan... escuchemos. (Se va á dirigir á la ventana y mira á la montaña.) ¡Ah! ¿Qué es aquello?... Parece por su aspecto el Padre Martín... va solo y trae el

camino de la Abadía, ¿dónde irá?... ¡Cuando digo que soy un hijo predilecto de la fortuna!... ¡Si llevara los papeles que tanto desea poseer el señor Conde, y que súplicas, amenazas, ni castigos han sido suficientes arrancarlos de su poder, mi porvenir estaba asegurado! Son las pruebas del nacimiento de Paolo y... ¿pero qué hace? ¡Se pone á orar á los pies de la cruz!... ¡Saca algo de debajo del hábito!... ¡Si con precaución pudiera llegar hasta él!... ¡Estoy solo!... Nada pierdo y puedo ganar mucho. . De todos modos hoy había de ser... ¡Valor!... (Durante esta parte del monólogo Fray Martín habrá ido ejecutando cuanto Angelo indica; éste empieza á trepar por entre las peñas, llega á espaldas de Fray Martín, alza el puñal y hace como que le mata.)

F. MAR. (Cayendo.) ¡Ay, Jesús mío!

ANG. (Después de quitarle unos papeles hace como si lo tirara al barranco.) El ruido del torrente ahogó su grito. Nadie me vió; ahora, ni aun la misma Condesa se atreverá á salvarlo. (Escuchando.) Suena allá á lo lejos el ladrido de los perros y las trompas de caza... corramos al encuentro del Conde á ver si puedo conseguir vengan los guardas y que él mismo presencie su captura... ¡Ah! ¡Qué dulce y qué sabrosa es la venganza! (Vase precipitadamente por el camino del palacio.)

ESCENA V

PAOLO y MACOSSETTO saliendo de la choza

PAOLO Ya has oído lo que en pocas palabras nos ha contado.

MAC. Verdaderamente que fué una villanía la que cometió con ella.

PAOLO Con cien vidas que tuviera no pagaba su acción... ¡Ir á disfrazarse de gondolero para enamorarla!... ¡Oh! Te doy mi palabra que ó

cumple con ella como le prometió, ó le hago añicos.

MAC. (Con ironía.) ¡Cumplir!... ¿Estás en tu juicio? ¡Qué se diría entonces del sobrino de la condesa Cristiana, del noble conde de Velletri! ¡Casarse con la hija de un minero! ¡Bien demuestras que no conoces el mundo!

PAOLO ¿De manera, que para esos hombres, que ostentan nobles apellidos y muchos tienen comportamientos de villanos, no hay más que, así como se quiera, venir á mancillar la honra de los pobres, haciendo de sus hijas sus mancebas, no es eso? (Hace Macossetto un signo de afirmación.) Pues bien, ten por seguro que ahora va á ser una excepción...

MAC. Un abismo los separa y preferirá morir antes que saltarle... tiene mucho orgullo.

PAOLO Orgullo que abatirá la punta de mi cuchillo si me obliga... ¿Conque un abismo les separa, verdad? ¿Y acaso no existía cuando fué á abusar de su inocencia? ¿Por ventura ese infame al cambiar su levita por la blusa del obrero no saltó ese abismo y se puso al nivel de la pobre hija de Marcelo?... Al nivel, no.. no, muy por bajo de ella.

MAC. Sí, es cierto; se puso al nivel; se igualó con Berta... todo lo que quieras... pero vete ahora á decirle que cumpla sus promesas y dé un nombre á su hijo... verás la respuesta que te da... ¿No oyes?

PAOLO Hace tiempo que vengo sintiendo como ladridos de perros y toques de bocinas...

MAC. Debe ser la cacería que haya dado principio.

PAOLO ¡La cacería! No comprendo.

MAC. Como ayer tarde llegaron al palacio esa cincuentena de soldados del Papa, al mando de un capitán, que tenía la misión de entregarle al Conde, de parte de Su Santidad, el nombramiento de coronel de uno de los batallones de voluntarios que van á ponerse á las órdenes de Carlos Alberto, la Condesa Cristiana, por obsequiarles, ordenó para hoy esta cacería, invitando á ella á la mayor parte de los personajes de Reggio... Esto es lo aparente.

PAOLO Sí, y en el fondo una batida que da, á ver si caigo en su poder. Pues te participo que trabajo les mando.

MAC. Si te quedas aquí, ya sabes cómo se entra en el subterráneo.

PAOLO No; me voy al nido del águila.

MAC. Esa sí que es una fortaleza que nadie puede tomarla por asalto, habiendo un hombre que sepa defenderla. Vaya, adiós. Voy á ocupar mi puesto en la cacería...

PAOLO (Mirando por la izquierda.) ¡Ah! Detente, Macossetto, ¿no ves?

MAC. (Idem.) ¡Por Santa Rosalía, que parece la Condesa Olga! No me engaño... sí... por lo menos su jaca torda es, la conozco demasiado... ¡Calla! ¡En lugar de seguir el camino toma esta dirección!

PAOLO (Aparte.) ¡Dios mío! Es ella que viene á la cita... (A Macossetto.) ¡Cielos! ¿Ves? No se ha preocupado por el puente, sino que salta el barranco...

MAC. ¡Bravo! Diez pies lo menos de anchura... ¡Vaya un salto!... Mira, ya penetra en la humbría...

PAOLO (Aparte.) ¡Qué felicidad! ¡No la sigue nadie!

MAC. La Duquesa, Paolo, no tengo duda que viene aquí, ó á la Abadía. ¿Estás citado con ella por si acaso?

PAOLO Sí, Macossetto; á qué negarlo, cuando todos sabéis que nos amamos.

MAC. Ahora no me marcho.

PAOLO ¿Qué dices?

MAC. Lo que oyes... Vendrá á hablar contigo; yo estaré de centinela en esa peña, para que nadie pueda sorprenderos... Es mucho mejor. ¿Ves? Ya está aquí... Buen galope trae.

ESCENA VI

DICHOS y OLGA, montada á caballo por la izquierda del escenario (1)

OLGA (Deteniendo el caballo.) ¡Ah! Perdonad, amigos míos si os interrumpo. Me he perdido: iba á la Abadía y no sé cuál camino tomar.

MAC. (Adelantándose. Aparte.) Buen pretexto. (A Olga.) El que lleva su excelencia.

OLGA ¡Hola! ¿Eres tú, Macossetto? No te había conocido; ¿qué haces aquí?

MAC. Vine siguiendo un rastro y me encontré á este amigo.

PAOLO (Adelantando.) ¡Señorita Olga!

OLGA (Disimulando.) ¿También Paolo?

PAOLO ¡Señorita!

OLGA Hágame el favor, Macossetto, de sujetar á *Chispa* mientras Paolo me sirve de caballero; estoy fatigada y deseo descansar un rato.

MAC. Como ordene su excelencia. Así como así la mañana no puede estar más hermosa, y el sitio es delicioso. (Sujeta el caballo y Paolo la baja de la silla.)

PAOLO (Aparte á Olga.) ¡Te adoro, mi vida!

OLGA (Aparte á Paolo.) No seas imprudente, que puede oirte. (Alto.) Verdaderamente que este sitio es encantador.

MAC. (Acariciando el caballo.) Sudada viene la pobre *Chispa*; si su excelencia me permite, la llevaré á aquel ribazo; estará más abrigada.

OLGA Dices bien; el fresco de la mañana puede hacerle daño. Cuida un momento de ella. (Vase Macossetto por la izquierda con el caballo.)

---

(1) En el escenario donde no puedan salir caballos, se cuidará, alterando algo el diálogo, de que la Duquesa Olga figure haberse bajado del que montaba por impedírselo las escabrosidades del terreno.

ESCENA VII

OLGA y PAOLO

PAOLO (Cogiéndole la mano.) ¡Alma mía! ¿Es un sueño ó una ilusión de mis sentidos? ¿Eres tú la que después de arrostrar mil peligros te hallas á mi lado?

OLGA (Dirigiéndose á la cascada, sentándose y Paolo á sus piés.) Sí, Paolo, sí; tu pobre Olga, que nada le detiene ni amedrenta. Me dijiste, por conducto de Flavio, que desistiese de mi propósito, y que al rayar el día me esperabas en la Cruz del Fraile... Aquí me tienes. ¿Estás contento ahora?

PAOLO ¡Oh! Perdóname, Olga mía, si en mi locura no tuve en cuenta nuestra situación y te propuse vinieras á este sitio, sin reflexionar á lo que te exponía... pero ¡sufro tanto! ¡Son tan inmensas mis desventuras!

OLGA ¡Pobre Paolo! ¿Acaso eres solo en el dolor? Yo también, como tú, sufro; como tú me desespero y cada vez más mi corazón se anega en lágrimas al pensar las negras sombras que envuelven el porvenir de nuestros amores. ¡Ah! ¡Si llegaras á meditar en la vida que estoy pasando desde la muerte de mi padre, y por un momento reflexionaras lo que me cuesta tu cariño, no tratarías de amargar los instantes de ventura que tengo al estar junto á tí, pronunciando esas frases que aumentan mis penas! (Se aflige.)

PAOLO (Con desesperación.) ¡Oh! ¿Lloras?... ¿Te pesa mi cariño?... ¡Maldito de mí que no he tenido valor para arrancar de mi pecho esta pasión que me devora, y antes que tus ojos hubieran leído lo que aquí dentro existía, terminar de una vez con esta vida azarosa y miserable!...

OLGA ¡Calla! ¡Calla y no me atormentes más con tus palabras! ¿No soy tuya por completo?

¿No he elegido entre ellos y el amor que te profeso?... Entonces, ¿por qué tus frases destilan tanta hiel?

PAOLO Es que temo que mi blusa de obrero pueda algún día avergonzarte.

OLGA ¿Avengonzarme la prenda que, empapada por el sudor del trabajo, cubre un corazón tan noble como el tuyo? No me ofendas, Paolo... no me ofendas.

PAOLO (Con pasión.) ¡Olga!

OLGA El traje se deshonra ó ennoblece por las acciones del que lo lleva, no por su calidad ni por su forma

PAOLO ¿De manera que no temblarás, corazón mío, en el momento de la prueba?

OLGA ¿Yo temblar? ¿Por qué?

PAOLO ¿Pase lo que pase?

OLGA Nada me hará mella; te lo juro.

PAOLO ¿Es verdad que tu boda se ha apresurado?

OLGA Sí; ya te lo decía en mi carta. El nombramiento de coronel que Su Santidad ha dado al conde, fué la causa; ni el abad ni la condesa quieren que parta á Lombardía á ponerse al frente de sus voluntarios, sin que antes la ceremonia no se verifique.

PAOLO ¿De forma que esa mujer, aun á pesar de todo, continúa en la idea de sacrificarte?

OLGA Sí, Paolo mío; firme en sus propósitos como ya te he dicho muchas veces, nada le detiene ni nada le hace retroceder; en primer lugar ambiciona para su sobrino las riquezas que me dejó mi padre y de las que ella hasta mi mayor edad es depositaria, y en segundo, porque me odia á muerte desde el instante en que supo tenía conocimiento de sus planes para contigo y del desprecio que le hiciste.

PAOLO ¡Oh! ¡Fué poco para lo que su liviandad y falta de pudor se merecía. Querer que ambos deshonrásemos las venerables canas del hombre más noble de la tierra, del padre cariñoso del pueblo que ella humilla y escarnece gozándose en sus desgracias y explotando el hambre de sus hijos, es lo más

villano, lo más infame que puede ocurrirse á una mujer...

OLGA (Interrumpiéndole.) Y sin embargo ya lo has visto, si no hubiera sido por tí...

ESCENA VIII

DICHOS y MACOSSETTO entrando precipitadamente

MAC. ¡Excelencia! Parece que los perros levantaron pieza y que viene á refugiarse entre estas peñas. Si quiere unirse á los cazadores, traeré la jaca.

OLGA ¡Ah! (A Paolo bajo.) Vienen en mi busca, no hay duda. (A Macossetto.) Sí, tráela, buen Macossetto; tráela y ten presente que nunca olvido á los amigos.

PAOLO (Aparte á Olga.) ¿Cuándo nos volveremos á ver?

OLGA Pronto... muy pronto, porque los acontecimientos se precipitan.

PAOLO Ya sabes la señal de auxilio...

MAC. (A Paolo.) Por prudencia debieras marcharte, ya sabes que te se persigue de muerte.

OLGA ¿Que le persiguen? ¿Desde cuándo?

MAC. Desde anoche.

OLGA ¿Y no me ha dicho?...

PAOLO ¿A qué contarle una cosa que pudiera entristecerle?

OLGA ¿Pero qué ha hecho?

MAC. Poca cosa; capitanear el grupo de mineros que iban al palacio con ánimo de tomar venganza de lo que el señor Conde de Velletri hizo con Flavio. La señora Condesa Cristiana lo ha sabido y dió orden á todos los guardas que donde quiera que le vean le prendan y se lo entreguen á los tribunales de Reggio como agitador y revolucionario...

OLGA ¡Oh! Entonces tiene razón Macossetto, ocúltese...

MAC. (Mirando á la izquierda.) ¡El ciervo!... Mire su excelencia por dónde viene... Va á cruzar

el puente... En el momento que esté á tiro, es mío. (Prepara la escopeta.)

OLGA (Deteniéndole.) No, por la Madonna; sería llamarles la atención y entonces Paolo está perdido. (A Paolo.) ¡Por Dios!... ¡Por nuestro amor te lo pido!...

ESCENA IX

DICHOS, EL CAPITÁN DESCARRETTO, Monteros, Guardas, etc., por las alturas y el camino del Palacio

PAOLO (A Olga.) ¡Imposible! Mira.
OLGA ¡Dios mío!
DESC. ¡Qué alegría! Ahí está la Duquesa. (Toca la bocina.)
MAC. ¡Huye por la mina!...
PAOLO ¡Sería descubrir su paradero!
OLGA ¿Pero qué vas hacer?...
PAOLO ¡Luchar!
MAC. ¡No lo intentes, que serás vencido!
PAOLO (Preparando la escopeta.) ¡Quién sabe!
OLGA Mírame á mí...
PAOLO Por tí lo hago.
MAC. Toma mi bocina y lanza la señal...
PAOLO (Rechazándola.) Aún no; ese ha de ser mi último recurso.

ESCENA X

DICHOS, y á caballo, penetrando por la izquierda del escenario, la CONDESA CRISTIANA, el CONDE DE VELLETRI, GIUSEPPE, DIABOLETTO, Cazadores, Monteros, Guardas, Soldados; todos estos personajes á pie, exceptuando los dos primeros; y si se quiere y lo permite la amplitud de la escena, alguna Señora y Caballero. OLGA, PAOLO y MACOSSETTO, forman a la derecha un grupo

DESC. (A la Condesa.) Vedla donde está, Condesa. (Aparte.) ¡Ella aquí con él!
CONDE (Idem.) No mintió Angelo.
COND. ¿Olga?...
OLGA ¡Señora!

COND. Te creía en tus habitaciones y no en la Cruz del Fraile deshonrándote.

OLGA ¡Deshonrándome! Ved, Condesa, lo que sus lábios pronuncian.

PAOLO (Con ira.) ¡Señora! ¡Cuidado con lo que dice!

COND. (Con orgullo.) ¡Basta! ¡A ver, uno que traiga el caballo de la señora duquesa! (Vase un Montero.) ¡Macosetto! ¡Entrega la banderola á Giuseppe! Desde hoy puedes hacer lo que quieras; no perteneces á mi servidumbre... ¡Diaboletto!

DIAB. ¡Excelencia!

COND. Que se le abone la mensualidad completa... Giuseppe, puedes ponerte al frente de mis guardas. Ya ves que como castigo sé premiar; ténlo presente

MAC. (Dando la banderola á Giuseppe. Bajo.) Estate prevenido.

COND. Señor coronel, ahí está el que anoche iba al frente de esa canalla revoltosa que quiso asaltar mi palacio. Vuestros soldados y mis Guardas que se apoderen de su persona y le conduzcan á Reggio.

PAOLO (Con ironía.) Mucho quiere en poco tiempo su excelencia. El primero que dé un paso hacia mí, que se cuente con los muertos; es más, vuestra cabeza responde de la mía. (Le apunta con la escopeta.)

OLGA ¡Dios mío!

CONDE ¡Miserable! ¡Así hablas á tu señora! Capitán, cumplid con vuestro deber. (Donasterro se dirige á buscar la espalda de Paolo.)

PAOLO Antes que nadie me toque, juro por la Madonna atravesaros el corazón de un balazo, y lo sentiría, que he prometido á una Madre conservar la vida del padre de su hijo.

COND. ¡A una madre!

CONDE (Aparte.) ¡Maldición! ¿Qué dice?

OLGA ¡Cielos!

PAOLO Sí, á Berta, á la hija del minero Marcelo, á la que con promesas y fingiéndoos un hijo del pueblo arrebatásteis en Venecia el honor, y después la abandonásteis con su hijo por las calles de Roma.

CONDE (Con furor.) ¡Ese villano está loco! Soldados, guardas, á él.

MAC. (Montando la escopeta.) ¡Eh! Quietos, por Cristo, y cuidado con obedecer si amais á la Condesa... A la montaña, mientras yo sujeto esta jauría, y haz la señal á los hermanos. (Van avanzando el Capitán y algunos guardas y se arrojan por la espalda sobre Macossetto y Paolo.)

PAOLO (Luchando.) ¡Traición!

OLGA ¡Oh! No, cobardes. ¡Veinte contra uno!

COND. ¡Bravo! Ya son nuestros.

MAC. (Luchando.) ¡Canallas! ¡Infames mercenarios!

COND. Contad con quinientas liras cada uno.

CONDE A los sótanos del palacio, sin perderlos un momento de vista. (Luchando los sacan de la escena.)

OLGA ¡Ah! (Cae desmayada en brazos de los cazadores.)

COND. Sí, que á nuestra vuelta serán conducidos á Reggio, donde dentro de tres días penderán sus cuerpos de la horca. Conde de Velletri, la Duquesa de Rosselly, vuestra prometida, sabrá recompensaros. Giuseppe, busca el rastro del ciervo y continúe la cacería. (Empieza la animación, suenan las trompas de caza y cae el

TELON

ACTO TERCERO

El teatro representa el interior de la mina la «Roca biancha». En el foro, una gran abertura por donde se verá descender de tiempo en tiempo, el ascensor, que figuran cargar de mineral varios mineros de ambos sexos, haraposamente vestidos y muchos descalzos de pie y pierna. Por la lateral derecha, otra abertura con un plano inclinado y una especie de rails, tendido sobre él, por donde se deslizará, pasando por la escena y yendo á parar al departamento mencionado, una vagoneta cargada de carbón de piedra, que será empujada y arrastrada por dos chicos. En la lateral izquierda, la entrada á la galería que da al pozo del lobo. En segundo término, otra entrada más pequeña que figura comunicar con otra galería. Aquí, allá y acullá negros pedruscos y hasta unos treinta ó cuarenta centímetros del suelo del escenario, gasas tendidas que representen agua; del teatro penden estalactitas y estalacmitas que brillan al reflejo de la luz de la lámpara. Los tintes de la decoración han de ser muy sombríos, tratando de acercarse cuanto se pueda á la realidad del cuadro que figuramos representar. La escena estará tan sólo iluminada por la luz que se desprenda de una gran lámpara de minero, que estará sujeta á un palo colocado sobre un montón de negras piedras. La fantasía del pintor escenográfico completará los detalles que falten á esta sucinta descripción.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, dos vagonetas cargadas de mineral y empujadas por dos chicos se deslizarán por los rails y cruzarán la escena entrando dentro del departamento donde figura estar el ascensor. En

este punto, algunos mineros, con espuertas, harán como si lo cargaran de carbón. Escúchase bien distante el coro de mineros acompañado del golpe del hierro con la piedra

CORO, dentro

¡Luchar, luchar mineros,
luchar hasta vencer,
que más vale la muerte
que tanto padecer!
¡Amparados por leyes malditas
y ocultos detrás de fusiles,
al minero le roban, los viles,
lo que gana con tanto sudor!
¡No le importa á esa raza de fieras
ni miserias ni hambre ni llanto,
sólo quieren, gozar entre tanto,
que el minero sucumba al dolor.
Luchar, luchar mineros, etc. (1)

ESCENA II

BERTA y GIACOMO, ambos saliendo por la segunda galería de la derecha, la primera con traje de minero

BERTA (Con amargura.) ¡Qué alegría tienen y yo... cuánta tristeza!

GIAC. Ese canto, Berta, no representa el regocijo del que ha satisfecho todas sus necesidades y la alegría mora en su alma; es la protesta que lanza el desesperado pueblo minero, contra los que le explotan y se burlan de sus quejas... Ya verás el día de las represalias que notas más alegres se escapan de sus gargantas.

BERTA ¡Dios mío! ¡Me horroriza sólo el pensarlo!

GIAC. ¡Qué quieres! Esa mujer nos provoca; dice que quiere sangre... ¡mucha sangre! ¡Por mi nombre, que el día que empiece á correr, la suya no ha de ser la última!

---

(1) Este himno puede ser suprimido, á juicio del director de escena.

BERTA ¿Crees, buen Giacomo, salir bien en tu empresa?

GIAC. Sí, Berta, sí; el pueblo italiano está muy harto de la tiranía de sus príncipes y de la del obispo de Roma... el vaso está lleno hasta los bordes; una gota más y se derrama...

BERTA ¿Y Paolo y Macossetto?

GIAC. Ya has visto que al saber su prisión, ordené los trabajos para librarlos antes que llegue la noche y los trasladen á Reggio; porque entonces sería muy difícil el darles libertad, mucho más con la acusación que pesa sobre Paolo.

BERTA ¡Qué infamia!

GIAC. Lo peor es que Angelo ha dicho al Conde que vió á Paolo clavar su cuchillo en la espalda de Fray Martín.

BERTA ¡Y aun vive ese canalla! ¿De qué te sirve el ser presidente de los hermanos de la Muerte y miembro del Consejo de la Joven Italia, si aun no ha caído en tus manos el traidor?

GIAC. Caerá y seremos inexorables con él, te lo prometo.

BERTA ¿Y de mi hijo, Giacomo? Y de ese pedazo de mis entrañas á quien no he tenido tiempo siquiera de besar, ¿qué vas hacer de él? Tú que todo lo puedes, tú que para los pobres mineros vienes siendo la providencia, ¿le vas á dejar en las manos de ese hombre, que ayer azotó su rostro y hoy lo arranca á viva fuerza de mi lado? ¿Vas á consentir que me vuelva loca de tanto sufrimiento?

GIAC. Eres madre y perdono tus palabras. Si á esta hora no he tomado una determinación enérgica, es porque aguardo noticias; cuando las reciba, ya verás lo injusta que eres con el antiguo amigo de tu padre.

BERTA Perdóname, Giacomo; perdóname, que no sé lo que me digo... Desde hace ocho horas que entraron los sicarios de ese bandido en la cabaña de Macossetto y arrancaron de mis brazos á Flavio, estoy como loca; en mi cerebro se agitan en continuo tropel un mar

de ideas y mis labios pronuncian frases de las que luego, mi corazón, cuando se da cuenta de ellas, se arrepiente. ¡Oh, Giacomo!... (Sollozando.) ¡Estoy desesperada!

GIAC. Tranquilízate y confía en mí. ¿No acabas de decir que todo lo puedo?

BERTA Sí, lo digo y lo creo.

GIAC. Pues enjuga esas lágrimas; revístete de paciencia por algunas horas, en tanto que yo trabajo para volverte á Flavio. (Mirando al foro.) ¡Aquí viene Beppo!

BERTA ¿Es éste á quien mandaste y esperas nos traerá noticias?

GIAC. Sí; ninguno como él, porque es el prometido de Rosina, ahora sabremos á qué atenernos.

BERTA (Aparte.) ¡Madre mía, que sean favorables!...

ESCENA III

BERTA, GIACOMO y BEPPO por el foro

BEPPO Que la Madonna os guarde.

GIAC. Gracias á Dios que has llegado.

BERTA (Con ansiedad.) ¿Que hay de Flavio?

BEPPO Vamos por partes. (Dando un paquete a Giacomo.) Toma.

GIAC. ¿Qué es esto?

BEPPO El correo.

BERTA Pero...

GIAC. (A Berta.) Ten calma. (A Beppo.) ¿Hablaste con Rosina?

BEPPO Y con Giuseppe, que me estaba esperando en las vertientes.

GIAC. ¿Qué te ha dicho?

BEPPO Rosina estaba ignorante de todo y quedó sorprendida cuando le conté lo que había pasado. Giuseppe no, porque él ha sido quien de orden del jefe de los soldados se hizo cargo de Flavio y le llevó á la presencia del Conde.

BERTA ¡Oh!... ¡Dios mío!

BEPPO Y ha habido entre los dos, según me dijo, una escena magnífica.

GIAC. ¡Cómo!

BEPPO Veréis; el pobre niño cuando se vió en la presencia de Velletri, en vez de acobardarse, como otro hubiera hecho en su lugar, le miró frente á frente y aguardó á que le preguntara.

BERTA ¡Pobre hijo mío!

BEPPO El Conde no se hizo esperar, si no que adelantándose á él, le dijo: ayer tarde me contenté con darte dos ó tres latigazos; hoy que he sabido eres el que con uno ú otro pretexto traes á la Duquesa las cartas de Paolo, te he mandado prender para que te claven como á las águilas se clavan al tronco de las encinas con el fin de que mueran de hambre y de sed.

BERTA ¡Cielos! ¡Qué infame! ¡Y ese hombre pudo ser su padre!

BEPPO No me extraña que eso haga su excelencia conmigo, respondió Flavio, el ensañarse con niños y con mujeres indefensas es la valentía de los tiranos.

GIAC. ¡Bravo! Te felicito, Berta, por tu hijo. Continúa, Beppo... ¿Y el Conde, qué hizo al oirlo?

BEPPO Dice Giuseppe, que rechinó los dientes y alzó la mano para darle una bofetada, pero que Flavio se separó dos pasos, y con más entereza aún exclamó: «¡Pégueme, señor Conde, máteme si quiere, soy un niño y bien puede hacerlo á poca costa... si fuera un hombre...—¿Te defenderías?—interrumpiole el Conde.—No, le dijo Flavio, porque entonces le faltaría corazón para mirarme. En aquel momento, y cuando el de Velletri loco de furor por las palabras de Flavio se iba á arrojar sobre él, apareció la Condesa Cristiana y con su presencia pudo evitar una catástrofe, porque Giuseppe estaba dispuesto á salir de donde se hallaba escondido y coserlo á puñaladas antes que tocara á Flavio.

BERTA ¡Virgen santa, qué horror!

GIAC. ¿Y entonces?...

BEPPO Se repuso el Conde; habló por lo bajo con su tía, llamó á Giuseppe, y le mandó encerrar á Flavio en una de las habitaciones de la Torre vieja hasta nueva orden.

GIAC. ¡Bien! Ya sabemos lo que deseábamos... ¡Conque en la Torre vieja! (A Berta.) Ahora es cuando puedo jurarte por la memoria de mi padre que dentro de muy pocas horas tendrás tu hijo á tu lado.

BERTA ¡Dios te oiga, Giacomo!

GIAC. Me oirá, porque la justicia está de nuestra parte. (A Beppo.) En Reggio, nuestros hermanos, ¿qué te han dicho?

BEPPO Que el Piamonte relampaguea; que las Romanías rugen como un mar tempestuoso y la Toscana se apresta á ser la primera en dar el grito de libertad y lanzarse á la pelea.

GIAC. ¿Nápoles?...

BEPPO Afila en secreto la espada hasta que sea llegada la hora de hundirla en el pecho de los verdugos... Según por lo que he podido juzgar, no tarda ni cinco meses, si Mazzini no es un cobarde ó un traidor, en que venga bajo la forma republicana, la unidad y redención de nuestra Italia.

GIAC. No lo creo en Mazzini, pero peor para él si tal hiciera; los mismos que lo elevaron, ten por seguro que lo arrastraban por el Cosso... En fin, allá veremos.

ESCENA IV

DICHOS y CINCINATO por la galería de la izquierda

CINC. ¡Giacomo! El consejo está reunido y sólo aguarda tu presencia. (A Berta.) ¡Adiós, Berta! (A Beppo.) Pronto diste la vuelta, ¿hay novedades?

BEPPO Parece que sí, por lo que he visto.

GIAC. ¿Se sabe algo de Angelo?

CINC. Nada. Las órdenes se han corrido y desde esta mañana al rayar el sol ninguno sabe de él. Quizás se encuentre en su destajo.

GIAC. Que se le vigile; es mal bicho y lo creo capaz de todo. ¿El depósito de la pólvora?...

CINC. Se encuentra custodiado por seis hermanos de toda confianza. ¿Vamos?

GIAC. Sí, vamos; leeremos el correo y acordaremos lo que hay que hacer. (A Berta.) Tú aguardas aquí, es el sitio más seguro de la mina; y en caso de apuro, ya sabes la señal de socorro.

BEPPO ¿Y yo?

GIAC. Tú, si no estás cansado, da una vuelta por el destajo de Angelo á ver si lo ves.

BERTA Id con Dios, y no olvides que mi hijo está en peligro.

BEPPO ¿Y si lo veo?

GIAC. Entonces, á su lado, como la sombra al cuerpo, ¿me comprendes? (Salen por la galería de la izquierda Giacomo y Cincinato; por la de la derecha Beppo. Berta queda sola.)

ESCENA V

BERTA sola. Se dirige al montón de piedras y se sienta pensativa

¡Dios mío! ¡Cuán grande es tu justicia y qué inmensa tu omnipotencia! ¡Bien estoy pagando un momento de locura! Mi padre me maldijo cuando supo que había deshonrado sus canas; ¿qué extraño es que para mí la vida no tenga más que abrojos y del dolor apure la copa hasta las heces, si á mi padre se la hice apurar con mi abandono? ¡Y cuánto he sufrido! ¡Cuánto he llorado desde entonces! Primero por él, á quien después de todo, llegué á amar con toda la efusión de mi alma, y luego por mi hijo, por mi única alegría, que ese infame de Angelo arrebató de mi lado; y hoy que la casualidad me lo ha devuelto, nuevamente le separan de mí para ponerlo frente al que le debe la existencia. ¡Con qué energía le ha contestado á su padre, según se explica Beppo!... ¡Con qué valor ha arrostrado sus iras!... ¡Oh, Virgen de Reggio! ¿cuándo le tendré á mi lado?

¿Llegará Giacomo á cumplirme su palabra, ó perecerá á manos de su padre?... ¡Ah! No quiero ni pensarlo...

ESCENA VI

BERTA, LAURENCIO y FRANCESCO; estos dos saliendo por la galería de la derecha empujando una vagoneta cargada de mineral

BERTA ¿Qué es eso? ¡Ah, los pobres niños con la vagoneta! ¡Ya ganando con el sudor de su frente el pan que llevan á sus labios, cuando otros á su edad sólo piensan en juegos y en diabluras!

FRAN. (Como si no pudiera andar.) Para un poco, Laurencio.

LAUR. ¿Qué te ocurre? (Se detiene.)

FRAN. Que no puedo dar un paso; el trapo de la herida se cayó y estoy chorreando sangre. (Hace esfuerzos para no caer.)

LAUR. Eso no es nada. Mira, ya estamos cerca del ascensor, haz un esfuerzo.

FRAN. ¡Imposible! ¡Sostenme, por Dios, que me caigo!

LAUR. Aguarda calzo las ruedas.

FRAN. ¡Virgen de Piettro, se me va la vista!

BERTA (Corriendo á él.) ¡Cielos! (Le sostiene.)

LAUR. (Al verla.) ¿No estamos solos? Me alegro. Dios se lo pague.

BERTA ¡Está helado!

LAUR. Porque es muy cobarde y no sirve para nada. ¡Animo!

BERTA Quita la lámpara de la vagoneta y alumbra.

LAUR. ¡Pero si esto no vale la pena! (Quita la lámpara de la vagoneta y alumbra al grupo de Berta y Francesco.)

BERTA ¡Desgraciados! ¡Trabajando como bestias de carga! ¡Y luego dicen que hay protectores de la infancia!

LAUR. ¿Ve usted?

BERTA (Mirándole la rodilla.) Aquí hay una herida.

LAUR. Un arañazo que se hizo esta mañana. ¡Cual-

quier cosa! Póngale usted una poca tierra mojada y otra vez el pañuelo muy apretado, verá cómo se cura. El otro día me dió el capataz un trastazo en la cabeza porque se me cayó la espuerta; empezó á salir sangre, y el señor Angelo, que estaba presente, cogió una poca tierra, me la puso, y aquí me tiene como si tal cosa.

BERTA ¿Angelo dices?

LAUR. Sí, señora; el destajista de la cuarta galería. ¿Ve usted? ya abre los ojos; vamos, arriba.

BERTA Déjale que descanse un rato.

LAUR. ¡Cómo se conoce que no es usted de la cuadrilla de Angelo! Es el hombre de peor corazón que yo he visto.

BERTA (Aparte.) ¡Hasta estos niños aborrecen á ese infame! (A Francesco.) ¿Estás mejor?

FRAN. No me duele tanto, y me parece que ya puedo andar.

BERTA ¿Cómo te llamas?

FRAN. Francesco.

BERTA ¿Y tú?

LAUR. Laurencio.

BERTA ¿Sois hermanos?

LAUR. Sí, señora. Este es menor que yo. Le llevo dos años.

BERTA ¿Trabajan vuestros padres con Angelo?

FRAN. No tenemos padres; murieron aplastados en un hundimiento.

BERTA ¡Dios mío! ¿Y desde entonces?...

LAUR. Nos pusimos á trabajar, ¡qué íbamos á hacer! Los primeros días, alguno que otro compañero de mi padre, por lástima, nos daba algo de lo que tenía para su comida, pero como se gana tan poco, y el que más y el que menos apenas tiene para mantenerse, yo le dije á éste: mira, antes que nos llamen sinvergüenzas, vamos á pedir trabajo de esporteros, que es para lo que ahora servimos, y si nos lo dan, tendremos que comer; fuimos á casa de Tofanello, con tan buena sombra, que acababan de darle un destajo al señor Angelo y necesitaba gente; nos admitió, y con él estamos desde entonces. Por

cierto que hoy es el último día que trabajamos.

BERTA ¿Os castiga mucho?

LAUR. Eso es lo de menos.

FRAN. Nuestro cuerpo está hecho á los golpes. Es otra cosa más grande.

LAUR. Vamos; levanta, no nos entretengamos.

BERTA ¿Otra cosa? ¿Qué quieres decir?

FRAN. Que si los mineros supieran lo que nosotros, el señor Angelo no lo había de pasar bien.

BERTA ¡Cómo!

LAUR. No digo nada cuando se entere el señor Giacomo.

BERTA ¿Tan grave es la cosa?

FRAN. Figúrese usted si lo será, cuando él ha sido quien ha dicho á los guardas de la Condesa dónde estaba escondido nuestro amigo Flavio... el protegido de Paolo. ¿Le conoce usted?

BERTA (Aparte.) ¡Ah! ¿Con que él ha sido el villano?

LAUR. (Con mucho misterio.) Y también el que ha matado al padre Martín y le robó unos papeles.

BERTA (Aparte.) ¡Cielos, qué dicen! (Alto.) ¿Pero vosotros?

LAUR. Lo hemos visto escondido entre las madroñeras.

FRAN. Estábamos esta mañana, al amanecer, buscando nidos por la Cruz del Fraile, cuando llegó Angelo. Porque no nos pegara, nos metimos en el bosque, y desde allí, pudimos ver cómo se arrojó sobre Fray Martín...

ESCENA VII

DICHOS y ANGELO dentro de la galería de la derecha

ANG. (Dentro.) ¡Canallas! ¿Os pago para que así malgastéis el tiempo? ¡Largo! Y anden las vagonetas.

LAUR. (Temblando.) ¿No te lo decía? Corre y no contestes una palabra, que nos mata. (Empujan la vagoneta y salen corriendo de la escena.)

BERTA (Aparte.) ¡El aquí! ¡El cielo me lo envía! (Se coloca á la sombra.)

ESCENA VIII

BERTA y ANGELO

ANG. (Saliendo á la escena.) ¡Si les cojo hago un escarmiento! (Mirando al foro.) ¡Hola! Poca gente hay en el ascensor. No veo á Cincinato ni á Carlini, señal de que empezó el Consejo; hora que debo de aprovechar si he de llevar á cabo, con éxito, mis planes. Por no aumentar sospechas, aun no he ido á ver al Conde y le he entregado los papeles de Fray Martín. Vamos por la galería del *Lobo* que acorto camino. (Se dirige á la izquierda.)

BERTA (Saliendo de la sombra.) ¡Eh! ¡Quieto!

ANG. (Haciendo ademán de sacar el cuchillo.) ¡Cómo!

BERTA Tenemos que hablar.

ANG. ¡Ah! ¿Eres tú? (Aparte.) Por fin se entrega; ya es mía.

BERTA Yo. ¿Te extraña? ¿No te prometí ayer, en la taberna de Tofanello, buscarte? ¿No te dije que en la Cruz del Fraile, al terminar los trabajos, te esperaba? He estado aguardando. No fuiste y... aquí me tienes.

ANG. Valor se necesita para aventurarse en las galerías, sin tener costumbre de andar por ellas.

BERTA ¡Qué quieres! Una madre tiene valor para todo, ya lo estás viendo... hasta para hablar sin descomponerse, estando frente á ella, el causante de todas sus desdichas; el que merece que se le escupa al rostro por infame, y se preste un servicio á la humanidad destruyéndole.

ANG. ¡Destruyéndome! La palabra es fácil de pronunciar.

BERTA Y de ejecutarla. Tú mismo has dicho, que se necesita valor para descender hasta aquí, si lo he tenido para eso, ¿cómo no lo he de tener para arrancarte el corazón?

ANG. Vana amenaza... te horroriza la sangre.

BERTA Pero no la de los malvados, como tú; al con-

trario, esa, á las personas honradas como yo, les da alegría verterla.

ANG. (Con ira.) Si tu amor, hace tiempo, no me hubiera enloquecido, ten por seguro, que tus labios no volvían á repetir esas palabras.

BERTA Lo creo; no es necesario que te esfuerces á probarlo. Ya sabes que te conozco desde hace trece años y no dudo de lo que eres capaz.

ANG. ¡Mucho me odias!

BERTA Más de lo que puedes figurarte. ¿No eres un mónstruo de iniquidad y de vileza? Desde que fijaste tu vista en mí, ¿he tenido acaso una hora de ventura? ¿No fuiste tú el que llevaste á casa de mi anciana tía á Lugi el batelero, por otro nombre el Conde de Velletri, y engañando á la que tanto bien te había hecho, concertaste, con tu señor, el modo de labrar para siempre mi deshonra? Más adelante, cuando aceptando los hechos consumados, vivía tranquila en algún tanto, ¿no te arrancaste el antifaz y me propusiste que faltase á mis deberes é hiciera traición al padre del ser que se agitaba en mi seno? Al verte rechazado, ¿no inventaste una calumnia y diste al Conde unas cartas fingidas en las que se probaba que yo sostenía, engañándole, amores con su amigo el Marqués de Miracoli? Después, cuando abandonada por el Conde huí de Roma y ocultando mi nombre me fuí á Nápoles, ¿no asaltaste mi morada, sorprendiste mi sueño y al ver mi resistencia á tus lúbricos deseos, arrebaste de mis brazos al hijo que tanto quería y que tan desgraciado habías hecho? Pues si todo esto es verdad, ¿á qué dices que mucho te odio?

ANG. El amor me ha impulsado á hacer todo cuanto acabas de decir. Es verdad que tú has sufrido, en tanto que yo, al ver tus desprecios, cuando tus ojos vertían raudales de llanto, gozaba; pero es verdad también que ese goce era igual al que pueden tener los condenados, y por cada lágrima tuya, una arruga surcaba mi frente y un mechón de

canas aparecía en mi cabeza. Ahora bien, si tanto me aborreces, ¿á qué has venido á Palestrina cuando hace años que dejé de perseguirte? ¿Por qué te opones á que Paolo clave en mi pecho su cuchillo y con tu cuerpo me defiendes? ¿Por qué bajas á la mina á provocarme, cuando yo no he querido acudir á la cita que me diste? ¿Acaso has cambiado de opinión? Dilo, y tendrás lo que ninguna mujer soñó de riquezas y de honores... Dilo, y hasta la misma Condesa Cristiana llegara á envidiarte.

BERTA — Asco me da el oirte hablar, Angelo. ¿Quieres saber á lo que he venido á Roca-biancha, á lo que he bajado á la mina? Pues á dar á Paolo un nombre y una posición, de que carece, y á embriagarme con mi venganza; á gozar viéndote sufrir...

ANG. — ¿Viéndome sufrir? ¡Loca! ¿Olvidaste á tu hijo?

BERTA — No; sé que está en poder de su padre, á quien tú, sin darte cuenta, dijiste dónde se escondía.

ANG. — ¡Cómo! ¡Qué! ¡Flavio!

BERTA — Es el hijo que arrancastes de mi lado y después abandonaste en las canteras de Fascatti. ¿No lo sabías, verdad?

ANG. — ¿Conque el protegido de Paolo es tu hijo? ¡Ah! Ya veremos quién ahora va á gozar de los dos. O correspondes á mi cariño con igual intensidad, ó dentro de una hora ves su cadáver á tus pies... ¡Tú no sabes lo que has hecho al darme esa noticia... yo te haré mi esclava!... (Se dirige á la salida; Berta se arroja á él y le sujeta.) ¡Suelta! (Luchan.)

BERTA — ¿Soltarte? Por el contrario; te aprieto con más fuerza. Ves... mis brazos rodean tu cuerpo.

ANG. — (Luchando.) Déjame... ó dí que serás mía... (Se oyen voces dentro.)

BERTA — ¡Tuya! ¿No sientes ese ruido? Son los Hermanos de la Muerte que salen del consejo... Mis brazos te sujetan como una argolla de hierro y te tienen sin movimiento, porque

el amor de madre centuplica mis fuerzas... (Gritando.) ¡A mí, Giacomo! ¡A mí, que se escapa Angelo!

ANG. (Luchando.) ¡Vas á morir!

BERTA (Idem.) ¡Prueba á matarme, infame asesino de Fray Martín!

ESCENA IX

DICHOS, CINCINATO, CARLINI, BEPPO y algunos mineros saliendo por las galerías

CINC. (Corriendo al grupo de Berta y Angelo y sujetando á éste.) ¡Ya eres nuestro!

ANG. (Luchando.) ¡Cobardes!

BERTA Sujetadle bien que no se escape, hasta que venga Giacomo.

ANG. ¡Miserable vagabunda! ¡Ay de tí si llego á verme libre!

CINC. Difícil me parece. Traed cualquiera de vosotros unas cuerdas. (Vase Beppo.)

ANG. ¡Todos contra mí! ¡Sois unos héroes!

BERTA El asesinó á Fray Martín y él es el traidor que os vendía á la Condesa. El es el que hizo que Paolo fuera preso y el que dijo á los guardas dónde se ocultaba Flavio...

BEPPO (Entrando y dando á Cincinato una cuerda.) Toma.

CINC. Trae. (Comienza á atarlo.)

CARL. Aprieta bien.

ANG. Aprieta, sí; aprieta bien, hasta que las cuerdas penetren en las carnes; ¡pero ay de vosotros si llegan á romperse, porque entonces uno á uno, ó todos juntos, pagaréis tal cobardía.

BERTA Regístrale, Beppo, á ver si lleva los papeles que le quitó á Fray Martín.

ANG. (Aparte.) Soy perdido: probemos aún. (Alto.) Parece mentira que seais el juguete de una mujer maldita por su padre... (Se acerca Beppo y empieza á registrarle.)

ESCENA X

DICHOS y GIACOMO

GIAC. ¡Mientes, infame, impostor!
BERTA ¡Giacomo!
CINC. ¡El capataz!
CARL. Nuestro jefe.
BEPPO (Sacando unos papeles del pecho de Angelo.) ¡Aquí están!
ANG. (Aparte.) Desapareció mi última esperanza.
BEPPO Toma, Giacomo. (Le da los papeles.)
BERTA ¡Lo veis cómo hay razón para arrancarle la lengua!
GIAC. ¿La lengua solo? Ni con cien vidas salva la cuenta que tiene pendiente con nosotros... A ver, dos, agarrar á ese miserable y á la gruta del Consejo con él; los demás corred las órdenes y en Palestrina dentro de tres horas.
ANG. ¡Vais á asesinarme!
GIAC. Te vamos á juzgar. Otra cosa sería igualarnos á tí, y eso no queremos. (Cogen dos mineros á Angelo y se lo llevan por la galería de la derecha.)

ESCENA XI

DICHOS menos ANGELO

GIAC. (A Berta.) ¿Pero tú cómo has sabido?...
BERTA Por esos dos niños que arrastran la vagoneta como si fueran bestias de carga en el destajo de ese malvado.
CINC. ¿Laurencio y Francesco?
BERTA Sí.
GIAC. ¿Los huérfanos de Piettro, ¿no es verdad?
BERTA Esos deben ser.
GIAC. Pues llegaros uno por ellos y llevarlos á la gruta. (Se siente ruido lejano en la galería.) ¿Qué ruido es ese, Cincinato? (Presta atención.)
CINC. Parece que viene de la galería donde están

desde esta mañana trabajando todos los Hermanos de la Muerte.

GIAC ¿Habrá ocurrido alguna desgracia?

BERTA (Escuchando.) No; esas voces parecen de alegría. ¿Oyes, Beppo?

BEPPO Sí, tienes razón.

GIAC. ¿Habrán llegado al subterráneo?

ESCENA XII

DICHOS y BERGUETO, entrando por la galería derecha

CINC. Ahora saldremos de dudas. (A Bergueto) ¿Qué hay?

BERG. La victoria es nuestra ¿Y Giacomo?

GIAC. ¿Pasa algo?

BERG. Que todo salió como decías. Paolo y Macossetto están en libertad. (Murmullos de alegría en todos)

BERTA ¿De veras? ¡Oh, gracias, Dios mío! ¡Cuándo dirán otro tanto de mi hijo!

GIAC. Pronto, muy pronto. No te desesperes. (A Bergueto) Cuenta.

BERG. Deja que respire.

CINC. Acaba... que estamos impacientes.

BERG. ¿Pero qué queréis que diga? Que se abrió la comunicación con el subterráneo que va á dar á los sótanos del palacio; que entramos en él y, según las señales puestas por Giuseppe, sin tropiezo alguno, dimos con los calabozos; después, ya podéis figuraos; cuatro golpes con el pico, unos cerrojos que caen, dos puertas hechas astillas, dos cadenas cortados sus eslabones y dos prisioneros en libertad y en brazos de sus hermanos.

CARL. ¡Bravo!

CINC. ¡Magnífico!

BEPPO Me entusiasma el oirte.

UNO ¡Vivaaa!

GIAC. Los acontecimientos se han precipitado y es necesario que inmediatamente nos preparemos. Cuando los echen de menos, los soldados del Conde y cuantos manden venir

de Reggio, cargarán sobre nosotros y hay que rechazarlos cueste lo que cueste. Si ellos tienen fusiles para ametrallar al pueblo minero, éste posee los medios con qué destruir sus palacios y sus quintas de recreo... y por cada uno de los nuestros que perezca, mil de los suyos enterraremos entre escombros... ¡Hermanos! Garibaldi ha desembarcado y se ha puesto al frente de sus voluntarios; Roma dejó de ser esclava de los Papas, y al grito de república rompe sus cadenas... Nápoles le secunda... No seamos menos...

CINC. ¡No!

CARL. ¡Nunca!

BEPPO ¡A la lucha, y á vencer ó morir!

BERTA ¡Mi hijo, Giacomo!

GIAC. A salvarlo vamos, y después á conquistar la libertad del pueblo. (Comienza á dar vivas y cae el

TELON

ACTO CUARTO

Salón lujoso del palacio Albano con galería transitable en el foro, en en donde estará la capilla con gran puerta de dos hojas practicables, y á sus lados respectivamente una ventana grande de cristales de colores: sobre la puerta una inscripción latina. En las laterales, puertas con elegantes colgaduras. En el centro del escenario una mesa grande y sobre ella recado de escribir, una campanilla y un candelabro con velas; junto aquélla un sillón; repartidos por la escena elegantes muebles. Del techo pende una araña con velas de cera. La capilla tendrá su altar con cuatro ó seis candelabros también con velas. Estas y aquéllas estarán encendidas. Todo el acto debe figurar que da la luna en la galería al través de los cristales de las ventanas. Al levantarse el telón aparecerá sentada junto á la mesa la Condesa Cristiana y á respetuosa distancia Diaboletto.

ESCENA PRIMERA

CONDESA y DIABOLETTO

COND. ¿De modo que los mineros?...

DIAB. Cada vez más levantiscos y con mayores exigencias.

COND. ¡Miserables haraposos! Nunca están contentos. ¿Qué dice Angelo de la huelga, la van á llevar á efecto?

DIAB. Tengo entendido que salió derrotada su proposición.

COND. Voy creyendo que este Angelo, de quien tan

buenos informes dió mi sobrino, es un bribón que á unos y á otros nos está engañando.

DIAB. No lo crea su excelencia; es que entre los mineros hay quien sospecha el objeto que nos proponemos y les aconseja la calma.

COND. Pues ese no debe formar parte de ninguna cuadrilla y se les da órdenes á los capataces y destajistas para que lo despidan con cualquier pretexto. Es necesario arrancar la mala hierba si queremos que la simiente fructifique.

DIAB. Temblando estoy que el mejor día me arrastren por Roca-biancha.

COND. (Riéndose.) ¡Já! ¡Já! ¿Tienes miedo?

DIAB. Pruebas he dado al señor Conde de lo contrario... pero hay momentos que...

COND. ¡Los años te han vuelto entonces cobarde! (Con ironía.) No se puede llegar á viejos.

DIAB. No me han vuelto cobarde, señora Condesa; es que reflexiono, y como estoy con ellos en contacto, veo cómo se va formando la tormenta de cuyo seno ha de partir el rayo.

COND. Déjate de tonterías. Son canes que toda la fuerza se les va ladrando. Ya ves el caso que hago de sus escritos y comisiones; sin embargo, cuando paso entre ellos, todos me saludan, sus mujeres me vitorean y los viboreznos gritan de alegría al recoger las monedas que les tiro desde el caballo ó desde el coche.

DIAB. También vitoreaban en Francia á María Antonieta y á su esposo Luis XVI, y ya sabe su excelencia en donde murieron.

COND. (Sonriendo.) Sí; pero ni yo soy reina ni Reggio es Francia.

DIAB. Pero el pueblo en todas partes es lo mismo, señora Condesa; aguanta, sufre, mas ¡ay del día en que se enfurece! que arrolla todo cuanto encuentra al paso.

COND. (Con desprecio.) Menos en Roca-biancha... Además, mientras haya bayonetas...

DIAB. Señora... hijos del pueblo son los que las tienen y pudieran acordarse que...

COND. ¡Basta! Dejemos esta conversación... ¿Dices que no has visto á Angelo?

DIAB. No, excelencia: desde ayer, al final de la cacería, que le ví entre un grupo de mineros comentando la muerte de Fray Martín, no sé de él.

COND. ¡Es extraño!

DIAB. ¡Y tan extraño!

COND. Tú tendrás todo preparado para la ceremonia.

DIAB. No falta el más pequeño detalle.

COND. Si es verdad habrá que felicitarte.

DIAB. Ya han comenzado á venir algunos dé los invitados, que su excelencia el señor Conde va recibiendo en el salón azul, y dentro de una hora, ó cuando la señora Condesa disponga, el palacio parecerá una pequeña corte. ¿Tenéis que mandarme algo más?

COND. Nada. Que seas exacto y cumplas como hasta aquí lo que te mando, dejándote de enojosos comentarios.

DIAB. Pues con permiso de su excelencia. (Se dirige á la primera de la derecha.)

COND. Vé con Dios y reflexiona que estás á mi servicio. (Sale Diaboletto haciendo un ceremonioso saludo.)

ESCENA II

CONDESA, sola. Pausa

Cada vez que hablan de energías, siempre que pronuncian delante de mí las amenazas que dicen se escapan de los labios de esas turbas, me dan asco... ¡Viles insectos de tenues y raquíticas alas, destinados por Dios á producir la seda que nos cubre, cómo van á compararse jamás con el águila de encorbado pico y garras poderosas que en su vuelo se remonta por encima de las nubes!... ¡Desvarío! ¡Ay de ellos el día que se rebelen contra la mano que los cuida; el ruido de nuestros cañones acallará sus gritos y la

metralla barrerá sus filas!... ¡Pero quién hace caso de esa gente! (Dan las ocho.) Las ocho; pocos instantes faltan para el triunfo de mis planes... Grande fué la lucha... Trabajo me costó vencer... pero Olga será la esposa de mi sobrino, no saliendo de la familia su inmensa fortuna, y yo... yo estaré vengada. (Con desesperación.) Por ella ese Paolo... ese infame pordiosero á quien yo, en un instante de locura, quise distinguir de entre los demás, con orgullosa altivez me dirigió frases que jamás se borrarán de aquí. (Señala el corazón.) Por él la hija del Duque de Roselly, señor de Reggio, se atrevió á mirarme frente á frente censurando mis actos... ¡Oh! ¡Cómo se conoce que no sabían á quien provocaban! ¡No previeron lo que la Condesa Cristiana era capaz de hacer para lograr su venganza! Olga se casa con Octavio... Paolo preso está por asesino y su cuerpo subirá al cadalso; mientras yo, al contemplar á ambos, apuraré hasta la última gota el néctar de los dioses.

ESCENA III

CONDESA y OLGA, saliendo por la segunda puerta lateral derecha

OLGA ¡Señora! permitidme un instante.

COND. (Aparte.) ¡Ella!... Viene á dar la última batalla. (Alto, dirigiéndose á abrazarla.) ¿Tú aquí? ¿Cómo no estás en tus habitaciones disponiéndote para la ceremonia?

OLGA Tenía que hablaros.

COND. ¿Tanto importa que no has podido demorarlo?

OLGA ¡Mucho para mí!

COND. En ese caso habla; pero ten en cuenta que los convidados, según me acaban de decir, empiezan á llegar, y no es justo que tu prometido sea solo quien haga los honores.

OLGA Seré breve porque es tan solo una pregunta.

¿Seguís firme en vuestros propósitos de sacrificarme?

COND. Dura es la palabra.

OLGA No he encontrado otra mejor, que sintetice el acto que se va á realizar aquí esta noche, cuando por demás sabéis que odio á su sobrino y adoro á Paolo con toda la efusión de mi alma, (Marcando la frase.) lo mismo que él á mí... pese á quien pese.

COND. Desvarías, y no pienso hacer caso de tus palabras, ni de la idea que envuelve algunas de ellas. Tranquilízate y deja sueños quiméricos... piensa en la realidad... en esa realidad, que por dicha nuestra, se te presenta tan brillante... ¡Amar á Paolo! ¡Al infame asesino de Fray Martín! ¡A un enemigo del altar y del trono! ¡No es mal cuartel el que pretendías unir al limpio escudo de los Roselly!... ¡Con seguridad que tu padre, mi noble esposo, te bendice desde el cielo al ver el honor que ibas á dar al ilustre apellido que te legó al morir!

OLGA ¡Condesa! (Marcando la frase.) No miente el nombre de mi padre para nada, ni mucho menos su limpia honra, que en un tiempo, ya sabéis estuvo á punto de empañarla una mujer á quien, en su ceguedad, elevó de la nada hasta su altura.

COND. (Con ira.) ¡Olga!

OLGA ¡Señora! (Se miran frente á frente.)

COND. (Dominándose.) Basta. De aquí á breves momentos, con tu voluntad ó sin ella, se verificará tu casamiento con el Conde de Velletri.

OLGA Mirad que estoy dispuesta, al preguntarme el sacerdote, á dar un no rotundo y categórico.

COND. Puedes hacer lo que te plazca. ¿Qué beneficio podrá reportarte?

OLGA El de no unirme á vuestro sobrino.

COND. Eso... tal vez; por lo demás, como tus continuas extravagancias, tus amores románticos con ese minero, han hecho que se te califique de... ligera, este escándalo elevaría el

concepto que de tí se tiene formado, no faltando quizás, quien recordando tu niñez, la caída al estanque de donde te sacó medio moribunda ese plebeyo, sin padres conocidos, á quien dices adorar, y la enfermedad que hasta su muerte padeció tu pobre madre, llegará á creer que lo escrito por el Doctor Masquetti, no es un absurdo y que ciertas enfermedades, como la locura, son hereditarias.

OLGA ¡Qué infame sois, señora! ¡Me amenazais con la muerte civil!

COND. ¡Amenazarte! No. De ningún modo. Lo único que hago es señalar lo que por algunos pudiera murmurarse... por lo demás, si ese caso llegara...

OLGA (Interrumpiéndole.) ¡Oh! Bien os conocí el primer día en que, por desgracia, pasásteis los umbrales de esta casa. (Cambiando de ideas.) En fin, como comprendo que todo es inútil y súplicas ni lágrimas han de ablandar ese corazón de roca, voy á haceros una proposición, proposición que fué la causa de molestaros, en estos instantes en que os debéis á los amigos y á la sociedad, á quien engañais con vuestra hipocresía.

COND. Se breve, te lo he dicho antes... y te lo repito ahora. Nos esperán.

OLGA Descuidad, hay tiempo para todo. Ya sabéis, puesto que sois tutora y administradora de la fortuna que mi desgraciado padre me legó al morir, que ésta asciende, próximamente, á treinta millones de liras; pues bien, señora, íntegra donación de ella hago, en este instante, á vuestro sobrino ó á quien querais, si mi casamiento no se lleva á efecto y quedo completamente libre de él y de vos... No tengais miedo de que pueda arrepentirme... Si queréis, hasta dejaré el nombre de mi padre, y sólo con el de mi honrada madre me iré á vivir fuera de Italia.

COND. (Irónicamente.) ¡Y qué ibas á hacer, pobre gacela, por esos mundos, con las ideas tan especiales que tienes y muerto en el patíbulo, por asesino, tu adorado Paolo, que es por el

que verificabas el sacrificio de tu nombre y tu fortuna.

OLGA (Con desesperación.) ¡Dios mío! ¡Tened compasión de mí!

COND. Vaya, no dirás que no he tenido paciencia para oirte; márchate y disponte á ser la esposa del Conde Velletri, coronel de Guardias de su Santidad, si no quieres sea yo la primera en dudar de tu buen juicio. (Tocando la campanilla.) ¡Rosina!

ESCENA IV

CONDESA, OLGA y ROSINA por la lateral segunda de la derecha

ROS. (Desde la puerta.) ¡Señora Condesa!

COND. La señorita Olga está un poco indispuesta; acompáñela á sus habitaciones y dígale á Toni y á Nina, que empiecen á vestirle el traje nupcial. (Besando á Olga.) ¡Adiós, mi vida! Eso no es nada; al momento iremos á buscarte.

OLGA (Desesperada.) ¡Dios mío! ¡Virgen de Reggio, que muera antes! (Vase por la lateral segunda de la derecha. Rosina la sigue.)

ESCENA V

CONDESA sola. Pausa

Me insultaste, orgullosa heredera de Roselly y tuve que callar... mi silencio, justo es que lo llores mientras vivas. Ahora, preparemos en nuestro favor el ánimo de los invitados por si á caso llevara á efecto su amenaza. (Mirando á la izquierda de la gatería.) Pero aquí vienen con Octavio.

ESCENA VI

CONDESA, LUCRECIA, el DUQUE, el CAPITÁN DE GUARDIAS, el CONDE DE VELLETRI y el DOCTOR, saliendo por la galería izquierda

COND. (Adelantándose y saludando.) ¡Señores! ¡Tanto bueno!

DUQUE (Saludando con galantería.) ¡Querida condesa! Eso venimos buscando.

CONDE (A la Condesa.) ¡Gracias á Dios, Cristiana, que damos contigo. (Bajo.) ¿Viste á Olga?

COND. (Bajo al Conde.) Sí, está tranquilo. (Alto.) ¡Oh! Señor Duque, usted siempre tan galante. (A Lucrecia que vendrá hablando con el Capitán y con el Doctor.) ¡Lucrecia! (Besándola.) Ya decía yo que era imposible que tú faltaras esta noche. ¡Tanto tiempo sin vernos! ¿Y cómo te encuentras?

LUC. Cómo quieres que me encuentre... bien.

COND. (Al Duque.) Cuídela mucho, Ludovico; Lucrecia es una alhaja que no tiene precio.

LUC. Dices á los demás lo que eres tú.

DUQUE Ya lo hago, amable Cristiana, ya lo hago.

COND. (Al Capitán.) ¿Cómo vamos del aburrimiento, Capitán?

DESC. ¡Condesa! Aburrirme entre ustedes sería un crimen de lesa gratitud.

DOCTOR (Saludando á la Condesa.) Aun cuando usted no quiera, señora...

COND. (Al Doctor.) ¡Ah! ¿Cómo es esto? ¿Usted, Doctor, entre nosotros, cuando se va á celebrar la ceremonia que, según dice, tanto aborrece? (El Duque, el Conde y el Capitán se dirigen á la galería y empiezan á examinarla.)

DOCTOR ¡Qué voy á hacer, Condesa! La amistad que me une con el señor Conde me exige acompañarle hasta las puertas del cementerio. (Forman un grupo aparte la Condesa, Lucrecia y el Doctor.)

LUC. ¡Já, já! Usted siempre con sus genialidades.

DOCTOR O con mis penas, Lucrecia, ocultas bajo fal-

sas sonrisas y alegrías de *histrión*. (A la Condesa.) ¿Y Olga?

COND. Vistiéndose para la ceremonia. ¡Si viera usted, Doctor, con qué cuidado me tiene esa niña!...

LUC. ¿Le ocurre algo?

DOCTOR ¿Qué pasa?

COND. (Con pena.) ¿Le parece á usted poco? Hoy le dió otro ataque; estábamos solas, y en qué me he visto...

DOCTOR ¡Malo, malo! La epilepsia vuelve otra vez á asomar la cabeza. Mucho tiene que cuidar á su futura vuestro sobrino. Es una sensitiva que á poco...

LUC. ¡Dios mío! ¿Pero esa enfermedad es grave, Doctor?

DOCTOR Por ahora, no; más adelante...

COND. ¿Usted sigue temiendo?...

DOCTOR Temo lo que la ciencia puede temer. De epilépticos están llenos los manicomios y las cárceles.

LUC. ¡Cielos, qué horror! ¿De modo que mañana Olga podría...?

DOCTOR Ser un caso.

COND. (Aparte.) Este pobre Masqueti es un auxiliar poderoso para mis planes. (Alto.) Sí. ¿Su madre murió, según dicen...?

DOCTOR Loca, señora Condesa. Primero fue epiléptica, y después, al año de haber nacido Olga, perdió por completo la razón. He aquí demostrado en algo mis teorías. Las preocupaciones por un lado, las conveniencias sociales por otro, la diversidad de clases y el no hacer caso de los consejos de la ciencia, son más adelante causa de la desesperación eterna. (Siguen hablando bajo.)

DOCTOR (Al Conde.) ¡Hola, señor Conde! Ya tenemos á nuestro buen Doctor disertando; vamos á oirle.

COND. Le estará recitando á Lucrecia y á mi tía algún capítulo de su nueva obra sobre la locura. Venid, Capitán, (Se acerca al grupo formado por Lucrecia, la Condesa y el Doctor.) pasaremos un buen rato.

DOCTOR (Alto.) Créanme ustedes, el día que la sociedad se convenza de que el matrimonio, además de la unión de dos almas, tiene una misión noble que llenar en la vida de los pueblos, cual es la de constituir nuevas generaciones, verán ustedes cómo se evitan en muchos casos esas enfermedades que conocemos bajo el nombre de hereditarias; y seres inocentes, por culpa de sus padres, no arrastrarán una existencia raquítica y miserable.

COND ¿Pero qué se había de hacer para lo que usted pretende?

DOCTOR No permitir los casamientos entre consanguíneos ni individuos que no gozaran de completa salud.

CONDE ¿Está usted loco?

DUQUE ¡Qué disparate!

DOCTOR (Con intención.) Ni mucho menos consentir diferencias grandes en la edad de los cónyuges.

LUC. (Aparte.) ¡Qué verdad dice!

COND. No sea usted idealista. Esos consejos y muchos más que ha puesto en su obra, la mayor parte son irrealizables. ¡A dónde iríamos á parar si se siguieran!...

DOCTOR A la formación de una raza nueva que sustituiría á la de hoy, que está en el último período de decadencia.

COND. Vaya, vaya, Doctor, no disputemos, porque tiene perdida la votación si apelo á ella. ¿Verdad, señores?

DESC. ¡Y tanto!

DUQUE Yo me declaro enemigo acérrimo.

DOCTOR (Aparte.) No me extraña, se casó á los sesenta años.

CONDE Pues mi voto, ya pueden figurarse cuál será.

DOCTOR (Aparte.) Naturalmente; busca los treinta millones de dote para pagar á sus acreedores. (Con ironía á Lucrecia.) ¿Y el de usted, Lucrecia?

LUC. El mío... irá siempre unido al de mi esposo.

DOCTOR (Aparte.) ¡Pobrecilla! Si dijera al de su verdugo, no se engañaba.

COND. Bueno, bueno, Doctor, ya está usted viendo;

pero dejemos esta conversación, si quieren, iremos á la terraza en tanto que llegan los demás invitados, Olga se concluye de vestir, y da principio la ceremonia. Verán qué vista se descubre tan hermosa á la luz de la luna.

DUQUE Como usted quiera, ya sabe que estamos á sus órdenes.

COND. Pues entonces, Capitán, deme usted el brazo.

DESC. ¡Tanto honor! (Se lo da y se dirigen á la galería de la derecha.)

DOCTOR (Aparte.) Qué poco ha de poder la ciencia con las preocupaciones y el orgullo de estas gentes. (A Lucrecia, ofreciéndole el brazo.) ¿Acepta usted?

LUC. ¿Por qué no? Con mucho gusto.

COND. (Al Duque y al Conde.) ¿Pero ustedes no vienen?

DUQUE Sí; ya les seguimos. (Se dirigen todos á la galería de la derecha.)

ESCENA VII

El CONDE, el DUQUE y DIABOLETTO, por la primera lateral izquierda

DIAB. (Saliendo.) Señor Conde.

CONDE ¿Qué quieres?

DIAB. Con permiso de su excelencia. (Se acerca y le habla bajo.)

CONDE (Aparte.) ¡Maldición! ¿Será verdad? ¿Dices que quiere verme?

DIAB. (Bajo.) Aguarda lo reciba su excelencia.

CONDE (Idem.) Condúcelo al momento aquí. (Vase Diaboletto. Alto al Duque.) Perdóneme un momento, señor Duque; seguid á la terraza, que pronto estoy á vuestro lado, un minero quiere hablarme.

DUQUE ¡Pobre gente, alguna grata sorpresa! Allí os aguardo. (Vase.)

ESCENA VIII

El CONDE y ANGELO, con el traje destrozado

ANG. (Desde la primera lateral izquierda.) ¡Señor!

CONDE (Adelantándose con precipitación.) ¿Conque es cierto?

ANG. Ciertísimo; he sido derrotado.

CONDE ¿Y lo confiesas, cobarde? ¿A cuántos tendiste á tus pies?

ANG. No hubo lucha; eran veinte contra mí; me cogieron á traición; y con harto sentimiento fué, porque odio á Paolo más que le puede odiar su excelencia; pero ya no tiene remedio. Demasiado comprendo que aquellos papeles, manchados con la sangre de ese fraile, que era el paño de lágrimas de todos los mineros, y el que en los días de angustia llegó al extremo de conducir sobre sus hombros los cadáveres de los apestados; cosa rara en verdad, porque la inmensa mayoría de los frailes, dicho sea con permiso de su excelencia, no son otra cosa que unos solemnes gandules sin corazón y sin conciencia; van á ser desde el instante en que los lea una espada que Paolo tendrá pendiente sobre la cabeza del señor Conde, puesto que le da derecho á llevar el apellido del gran Duque de Calabria y de vuestra difunta madre la señora Condesa de Velletri, como hijo natural reconocido.. Pero imposibles nunca he hecho.

CONDE (Con ira.) ¡Infame! ¿Te has atrevido á leer?...

ANG. ¿Por qué no, si me atreví por ellos á matar á Fray Martín? Además, recuerde su excelencia que me hallaba presente la noche que, en su agonía, la señora Condesa le exigió el juramento de buscar á Fray Martín y protejer á vuestro hermano, de modo que no es un secreto que haya violado...

CONDE Concluyamos. ¿Dónde están esos papeles?

ANG. Me los arrancaron del pecho después de maniatarme.

CONDE ¡Oh! No sé como no ahogo en tu sangre la rabia que se agita en mi corazón. Gracias á que la casualidad, le puso en mi poder y antes que conozca el lazo maldito que nos une, perderá la vida.

ANG. (Sonriéndose.) ¿En poder de su excelencia?

CONDE Sí, aun no fueron conducidos á Reggio; antes que salgan de la Torre vieja, todo habrá terminado. Tú mismo...

ANG. Lo dificulto, señor Conde.

CONDE ¿Te atreverás á desobedecerme? ¿Tanto miedo le tienes?

ANG. ¡Miedo!... Es que hace dos horas que los mineros le dieron libertad y pronto, muy pronto, cuando acabe de ver derrumbarse los últimos paredones de la Abadía, á la que han pegado fuego, le tendrá aquí dispuesto con sus compañeros á asaltar el palacio...

CONDE ¿Estás loco? ¿Asaltar el palacio? ¡Incendiada la Abadía!

ANG. Sí, el palacio y la Abadía; los dos fantasmas del pasado que el fuego debe destruir para purificar la atmósfera, como dice Giacomo.

CONDE ¿También eres tú de esas ideas?

ANG. ¿Por qué no? Aun cuando soy un villano que vengo desde hace algún tiempo haciéndoles traición, no dejo de conocer que la *vendetta*, es el único medio que les queda á los mineros, ya que por las súplicas hasta aquí nada lograron.

CONDE ¿Pero cómo han podido escapar? ¿Sorprendiendo la guardia?...

ANG. Nada de eso. Por los sótanos, donde están los calabozos que comunican con una de las galerías abandonadas y que Giacomo el capataz, tenia conocimiento.

CONDE ¡Canallas! ¿Y dices que van á venir al palacio? Que vengan, los fusiles de mis soldados, les darán la lección que necesitan.

ANG. Si me permitiera su excelencia un consejo.

CONDE Habla.

ANG. La lucha entre los mineros y los moradores del palacio se va á entablar dentro de poco, el resultado es difícil preveer. Pues bien, en poder de su excelencia hay un chico...

CONDE ¡Ah, sí! lo había olvidado. ¿El que traía las cartas de Paolo á Olga?

ANG. El mismo. Deme una orden para que sus guardianes me lo entreguen, y si llegan á venir, yo le juro que todos los mineros, incluso vuestro hermano, deponen las armas y se trasforman de lobos en corderos.

CONDE ¿Qué vas á hacer?

ANG. Muy sencillo. Tenerlo junto á mí y en el instante del peligro, que su cuerpo nos sirva de muralla.

CONDE (Dirigiéndose á la mesa.) Bien pensado; ellos le quieren, ¿verdad?

ANG. No lo sabe su excelencia; son capaces de todo por verle en libertad.

CONDE Entonces, toma, y si asaltan el palacio y triunfan, no vaciles en clavar tu cuchillo en su garganta... Siempre será un canalla menos. (Se pone á escribir.)

ANG. (Aparte.) ¡Berta! Otra vez tu hijo en mi poder... serás mi esclava.

CONDE (Dándole un papel.) ¿Es esto lo que deseas?

ANG. Sí.

CONDE Pues vete á la Torre vieja, allí se encuentra; yo voy á prepararme á la defensa. (Se dirige á la derecha.)

ANG. (Aparte.) ¡Necio! (Alto.) Que Dios guarde á su excelencia...

CONDE El haga no olvides lo que acabas de prometer.

ANG. Descuide el señor Conde, que ahora vencemos. (Vase saludando, el Conde se queda pensativo.)

ESCENA IX

El CONDE, solo

¡Ser derrotado cuando tocaba el triunfo! ¡Oh! no... luchemos, luchemos hasta el último momento y que mi espada sea la primera en atravesar su pecho. (Meditando.) Si aceptara la proposición de Cristiana... quizás pudiera; pero no me conviene y en estos momentos sería un disparate que me perjudicaría en extremo y la beneficiada mi tía... Seamos cautos; de nadie nos fiemos. (Llamando.)

ESCENA X

DICHO y DIABOLETTO, primera lateral derecha

DIAB. ¿Llamaba el señor Conde?

CONDE Sí. Vé á la terraza donde debe estar con algunos convidados el Capitán que vino ayer tarde al mando de la fuerza, y dile que para un asunto urgente le espero junto al estanque.

DIAB. ¿Desea su excelencia algo más?

CONDE No; puedes retirarte. (Vase Diaboletto por la izquierda de la galería: el Conde se dirige á la derecha de la misma.) El distribuirá las guardias; pondrá la gente sobre las armas sin levantar sospechas, vigilando mientras se verifica mi casamiento... después yo me pondré al frente y si llegan á venir como asegura Angelo, moriremos antes de entregarnos, puesto que se juega el honor de mi madre y mi fortuna. (Vase.)

ESCENA XI

OLGA y GIUSEPPE; éste último por la segunda puerta de la derecha, mira con precaución; va á la galería, hace lo mismo y viendo que no hay nadie se vuelve á la puerta de donde salió

GIUS. ¡Señorita! ¡Señorita! Puede salir vuecencia. No hay nadie en la galería.

OLGA (Saliendo en traje de desposada, llevando en la mano una bocina de caza.) ¡Dios mío! ¡Valor! Todo es preferible antes de unirme á ese hombre. Gracias, Giuseppe, la Madonna te premie el servicio que me haces.

GIUS. ¿Pero vuecencia está segura de que acudirán?

OLGA No lo sé. Un día, Paolo, previendo los acontecimientos, me dijo: si llega el instante en que necesite de los Hermanos de la Muerte para que le salven de algún peligro, haga la señal de socorro y al momento hasta de las piedras brotarán mineros dispuestos á derramar la última gota de su sangre en su defensa.

GIUS. (Dudando.) Entonces no se detenga y haga la señal.

OLGA Yo sé que Paolo no miente. Ese instante ha llegado, y antes de ser sacrificada quiero apelar al último recurso que me queda. Abre esa ventana (Señala la de la izquierda.)

GIUS. (Con extrañeza.) ¿Cuál? ¿La de la izquierda?

OLGA ¡Sí!...

GIUS. (Abriéndola.) Bueno; su excelencia está obedecida. (Aparte.) Si hace la señal, ¡ay del que toque la seda de su vestido!

OLGA Tráeme aquel candelabro. (Con desesperación.) (Dirigiéndose á la ventana.) ¡Padre querido! ¡Tú que desde el cielo contemplas mis amarguras, perdóname si no tengo fuerzas para resistir y pido auxilio! ¡No me maldigas! ¡Ten compasión de tu hija!

GIUS. (Dándole el candelero.) Tome su excelencia.

OLGA Ahora, vigila por uno y otro lado de la galería, y si es verdad que amas á Paolo, que nadie, absolutamente nadie, pase mientras hago la señal convenida.

GIUS. Descuide vuecencia, si la señal que va á dar es la misma que la de los mineros que pertenecen á los Hermanos de la Muerte, Giuseppe será un perro que la guarde. (Saca un cuchillo y se pone á guardar á Olga; esta asoma por tres veces, por la ventana, el candelero con las luces encendidas y cada vez la acompaña con un toque de bocina.) ¡Vive Dios, que es un hecho! ¡Cualquiera lo diría! La señal de socorro clara y terminante acaba de dar con la bocina... pronto le contestarán y empezará la lucha.

OLGA (Desesperada.) ¡Nada! ¡Virgen de Reggio, todos me abandonan!

GIUS. (Escuchando.) Por el contrario, ¿no escucháis? (Se oye á lo lejos un toque de bocina.) Los Hermanos de la Muerte contestan á vuecencia; no tardarán en estar á nuestro lado.

ESCENA XII

DICHOS, LA CONDESA CRISTIANA, LUCRECIA, EL DUQUE, EL DOCTOR, varias Señoras y Caballeros entrando por el lado de la galería por donde se fueron

COND. ¡Cielos! ¡La ventana abierta y Olga en ella con una bocina! ¡Ay, amigos míos! ¡Lo que tanto estaba temiendo! (A Olga.) ¡Olga! ¡Olga! ¡Hija mía!

LUC. (Abrazando á Olga.) ¡Dios mío, qué catástrofe! ¡Olga!

OLGA (Idem á Lucrecia.) ¡Ah! ¡Lucrecia de mi alma! ¡Qué desgraciada soy!

DOCTOR (Al Duque.) ¿Véis señor Duque... otro caso digno de estudio?

COND. (Con rabia reconcentrada.) ¿Pero has sido tú?...

OLGA (Con decisión.) Yo, sí, yo he sido la que he tocado esta bocina; yo, que pido auxilio á los antiguos obreros de mi padre, para que me salven de la tiranía despótica de esta mujer,

(Señala á Cristiana.) que allá en un tiempo llevó el nombre del autor de mis días y hoy trata de sacrificarme para satisfacer ruines ambiciones, ya que en la estúpida sociedad á que pertenezco no he encontrado un alma caritativa que salga á mi defensa.

DUQUE Me permitirá, querida niña, le diga que es injusta en demasía; yo me honraba con la amistad de su padre y nada me ha dicho nunca.

LUC. ¡Repórtate, por Dios, Olga! (Se oyen voces y gritos lejanos.)

COND. ¡Ah! ¡Esas voces!... ¡Esos gritos! (Asomándose á la ventana de la galería.)

GIUS. (Aparte.) ¡Ya están cerca... ahora veremos!...

OLGA ¡Gracias, Virgen María! Son ellos... los mineros de Roca-biancha que acuden á mi llamamiento... los hijos del pueblo que vienen en mi ayuda probando una vez más que no en vano se acude á su nobleza...

UNO (Dentro.) ¡Muera la Condesa Cristiana!

VARIOS (Idem) ¡Mueraaa!

OTRO (Idem.) ¡Muera la explotadora de los mineros!...

VARIOS (Dentro.) ¡Muera!

CINC. (Idem.) ¡Viva la unidad de Italia!

VARIOS (Idem.) ¡Vivaaa!

DOCTOR Parece que en el parque hay lucha... (Se asoma á la ventana.)

DUQUE (A la Condesa.) ¡Señora! ¡El palacio se halla atacado por esos bandidos, haraposos; decidnos donde hay armas, para defenderos y defendernos

DESC. (Dentro.) ¡Fuego, fuego sobre ellos! (Suenan varios tiros.)

LUC. ¡Cielos, qué horror!

UNO (A la Condesa.) ¡Sí, sí, pronto, dadnos armas!

UNA ¡Huyamos! (Suenan tiros.)

DESC. (Dentro.) ¡Jesús mío!

DOCTOR (Desde la ventana.) El capitán cayó; mal parece que marcha nuestra causa. Cumplamos nuestro deber. (Vase por la derecha de la galería)

ESCENA XIII

DICHOS y el CONDE por la primera de la derecha, con la espada desenvainada

CONDE (Entrando.) ¡Canallas!

COND. ¡Mi sobrino! (Corriendo á él.) Triunfamos, verdad?

LUC. (Con ansiedad.) ¡Conde! ¿Y el capitán?

CONDE Acaba de morir como los héroes.

LUC. ¡Cielos! (Cae desmayada en brazos de las señoras)

OLGA (Con desesperación.) ¡Dios mío! ¡Qué he hecho! Perdonadme.

DUQUE Pero... (Corriendo á Lucrecia.) ¡Ah! ¡Lucrecia, Lucrecia, vuelve en tí! ¡Doctor... Doctor... mi esposa se muere!

CONDE Todo está perdido: esa jauría desenfrenada ha penetrado en el palacio, y rojos están los mármoles con la sangre de unos y de otros.

COND. Vuestros soldados... mis guardas y monteros, ¿qué hacen?

CONDE Batirse en retirada los unos, y los otros pasarse al enemigo, ¿no oís? (Nuevamente voces y ruido de armas y tiros.) Vuelve otra vez á encarnizarse la lucha; marchad todos por el camino subterráneo que conduce desde la capilla á la Torre vieja y tratad de salvaros.

DUQUE Ya vuelve en sí... (Al Conde.) Señor Conde... nunca. Nuestro sitio es á vuestro lado y perecer todos si es preciso.

ESCENA XIV

DICHOS, GIACOMO, CARLINI y CINCINATO. Momentos después, y cuanda lo marque el diálogo, BERTA, BEPPO, Mineros y Guardas del palacio, todos armados, los unos con picos hachas y demás, y los otros con escopetas y carabinas, entrando por las puertas éstos y saltando por las ventanas aquéllos

GIAC. (Saltando por la ventana.) ¡Viva la República italiana!

VARIOS (Mineros.) ¡Vivaaa!

CARL. (Por la lateral derecha.) ¡Mueran los papistas!

VARIOS (Mineros.) ¡Mueraaan!

COND. ¡Ah! Estamos perdidos.

LUC. ¡Dios mío!

OLGA (Corriendo al lado de Giacomo.) ¡Giacomo! ¡Oh! Gracias.

GIAC. Nos llamó y aquí nos tiene, señorita. Esté tranquila.

CONDE ¡Gavilla de bandidos, atrás!

BERTA (Desde la puerta de la izquierda al grupo de mineros que entran con Beppo.) ¡Compañeros, justo es que paguen sus desprecios! A él, Beppo, á él y hacerlo prisionero...

CONDE ¡Cielos! ¡Esa voz! (A los mineros, defendiéndose.) ¡Primero morir que tal logreis!

VARIOS (Mineros.) ¡Viva Berta!

OTROS ¡Vivaa!

COND. Inútil es la resistencia. (Empieza la lucha; Olga cubre con su cuerpo á todos.)

OLGA ¡No, por Dios, en nombre de Paolo, os lo prohibo! ¡Basta de sangre!

BERTA (Poniéndose delante del Conde, á quien habrán desarmado los mineros.) ¿Me recuerdas, noble Conde de Velletri?

CONDE (Con desprecio.) ¡Berta!

BERTA No te engaña el corazón, Berta soy; tu antigua amante, que al frente del pueblo minero que escarneces, viene á que le entregues, si no quieres morir, el hijo que ayer le arrancaste de sus brazos.

CONDE ¡Cómo! ¿El protegido de Paolo es tu hijo?

BERTA Sí; mi hijo Julio.

CONDE ¡Tu hijo!... El que querías hacer pasar por mío y era el fruto de tus liviandades con Montesqui, querrás decir, es por el que vienes acompañada de toda esta canalla á reclamarme, ¿verdad?

BERTA ¿Aún sigues creyendo esa calumnia? ¡Miserable!

CONDE Tienes razón; justo es que lo devuelva. Vete, vete á la Torre Vieja, mira á sus almenas y verás cómo pende su cadáver de una de ellas; que el jefe de la fuerza, si vive, te lo entregue.

BERTA ¡Oh!... ¿Qué dice?... ¡Asesino!... ¿Te has atrevido á ordenar la muerte tu hijo?... ¡Ah! ¡Maldito seas!

OLGA. ¡Cielos! ¡Qué horror!

GIAC. (Adelantándose.) ¡Infame! ¡Vas á morir!

BERTA Carlini, Macossetto, ya lo estais oyendo; corred á la Torre Vieja, y si es verdad lo que este canalla dice, aun cuando el mismo Paolo se opusiera, que sea despedazado en el instante.

GIUS. (Señalando la puerta de la capilla.) Por aquí... (Se dirigen varios mineros á la capilla y empujan las puertas.)

ESCENA XV

DICHOS y ANGELO apareciendo en la capilla con FLAVIO sujeto y dispuesto á matarle

ANG. ¡Deteneos! No ir á la Torre Vieja, está en mis brazos.

BERTA ¡Ah!

GIAC. ¡Maldición!

OLGA ¡Virgen de Reggio!

COND. ¡Nos salvamos!

CONDE ¡Cumplió su palabra!

CINC. ¡El traidor de Angelo!...

BERTA ¡Detente, Angelo... no... no por Dios, mi hijo!...

FLAVIO ¡Madre, madre!...

ANG. Atrás todos y disponeos á salir de aquí, si no queréis que sepulte el cuchillo en su garganta.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y PAOLO, que aparecerá por la puerta de junto al altar, dará un salto y, cogiendo á Angelo por el cuello, luchará breves instantes hasta que éste cae muerto

PAOLO (Al sujetarle.) Eso pudiera ser si Paolo no existiera.

ANG. (Luchando.) ¡Ah!

OLGA ¡Paolo! ¡Dios mío, gracias!

FLAVIO (Libertándose de Angelo y corriendo á Berta.) ¡Madre mía!

BERTA (Abrazándole y besándole.) ¡Hijo del alma!

COND. (Aparte.) Perdí mi última esperanza.

CARL. ¡Compañeros, viva Paolo! (Contestan dando un viva los mineros.)

PAOLO Estaba dispuesto que había de morir entre mis manos.

CONDE ¡Maldición, todo se ha perdido!

GIUS. (A la Condesa, sujetándola.) Quieta, pantera de Croacia; quieta ó hago contigo lo mismo que ha hecho Paolo con Angelo.

PAOLO Idlos atando uno á uno, que tienen que servirnos de rehenes. (Los mineros van atando á los convidados.)

OLGA ¡Perdón para ellos, Paolo mío!

PAOLO No es posible aunque quisiera. Pídeme mi sangre y te la doy. (Al Conde.) Conde de Velletri, lo sé todo, absolutamente todo, y os desprecio. Tomad, (Sacando unos papeles y después de romperlos, tirándoselos á la cara.) ahí tenéis hecho pedazos el testamento del gran Duque de Calabria y la declaración de vuestra madre. Soy más noble que vos y más honrado.

CONDE ¡Tanta humillación! ¡Matadme!

PAOLO Ya lo hará el verdugo si así lo ordena el tribunal del pueblo... (Bajando la voz.) á menos que no querais darle vuestro nombre á ese niño á quien prometí respetar la vida de su padre, porque entonces lograréis la libertad y..

CONDE ¡Paolo!

PAOLO ¡Compañeros! Los que respondían con carcajadas á nuestras justas quejas y se burlaban de la miseria del obrero, vedlos vencidos y hechos prisioneros. Conducidlos á Reggio; aquél pueblo sentencie sus infamias y siga la revolución su marcha triunfadora. (Empiezan á cantar el himno del tercer acto y cae el telón.)

FIN DEL MELODRAMA

Los ejemplares de esta obra se hall
de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulen
todo ejemplar que carezca del sello
la *Sociedad de Autores Españoles.*